España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 1 de Julio de 1944 | Núm. 22

DE CUBA HA VENIDO...

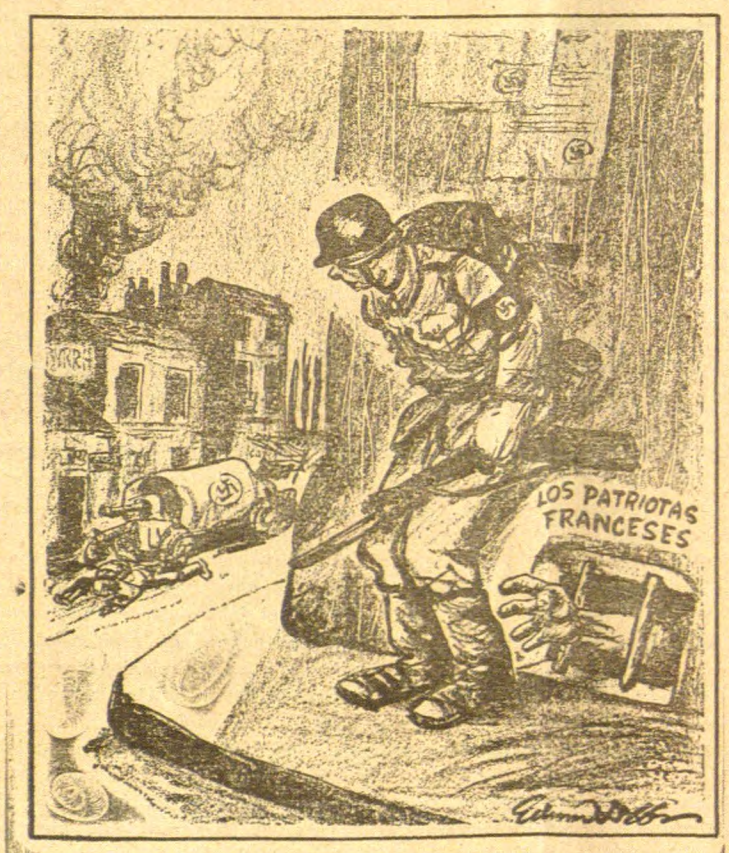
UN INTENTO ABSURDO

La presencia en México del pretendido marqués de Olay, representante en Cuba del gobierno franquista, ha reclamado durante varios días los favores de la actualidad. No sin motivo. Todo trasciende a pintoresco en el viaje del diplomático falangista. La razón que lo motiva, las circunstancias en que se realiza, el misterio con que quiso cubrirse... Pero que el Sr. García Olay haya confundido a México con Suiza y al Popocatepetl con el Montblanc no es cosa que tenga demasiada importancia. La tiene, si acaso, lo que en torno al viaje del supuesto marqués se ha dicho, se ha escrito o se ha dejado entrever. ¿Se trata realmente de un viaje de exploración encaminado a medir las posibilidades con que contaría un reconocimiento del gobierno de Franco por parte del de México? Pues el momento no ha podido ser elegido con menor fortuna. El intento se justificaría, tal vez, si el gobierno de Franco hubiera fortalecido su posición internacional. Pero ocurre exactamente lo contrario. El discurso de Winston Churchill, que aparentemente le prestaba a Franco un servicio excelente, valió para comprobar el profundo descrédito del caudillo. Lo pregonaron cien voces airadas que encontraron en los periódicos su eco. La desdichada oración de Mr. Churchill rindió, pues, frutos contradictorios. Mas, por si fuera poco, en toda América se advierte una repulsión creciente hacia el régimen falangista, nacido del crimen, enemigo de la democracia, auxiliar del nazismo y, por añadidura, animado de un sueño imperialista que ha de sonar a sarcasmo en las repúblicas americanas. Si alguna simpatía despertó el régimen de Franco en América, cuando la propaganda falangista oscurecía la verdad, esa simpatía se ha evaporado al contraste con los acontecimientos. Hoy no hay nadie que ignore lo que el régimen franquista significa, y de uno a otro extremo del continente lo condenan voces autorizadas que rehuyen la complicidad del silencio. Hombres de la calidad intelectual y moral del Dr. Eduardo Santos y de D. Roberto García Peña, en Colombia, o de D. Luis Batlle Berres en el Uruguay, por no citar sino ejemplos recientes y notorios, han arrojado sobre el franquismo su reprobación más terminante. Espiritualmente, América está divorciada de la España falangista y es incompatible con ella. Poco importa que existan relaciones diplomáticas, impuestas por la conveniencia o simplemente por la inercia de la rutina. Se sostienen a sabiendas de que el gobierno de Franco es un gobierno descalificado. No son pocas las repúblicas americanas que romperían gustosamente con él a la primera coyuntura si no fuera porque ciertas presiones de política internacional les impiden tomar resoluciones de tal naturaleza. Y en esas condiciones, cuando el gobierno de Franco disminuye en autoridad a los ojos de los demás ¿habría de reconocerlo México, que dió el ejemplo admirable de negarle su aprobación cuando todos se la concedieron? El supuesto es absurdo, sin que el calificativo implique para nada una intromisión en la política interior mexicana, intromisión de la que, por deber y por voluntad, estamos muy distantes. Lo hacemos notar para destacar lo improcedente del intento que, al parecer, ha venido a cumplir el titulado marqués de Olay. Tan falsos como su título serían todos los alegatos que pudiera exhibir en apoyo de su embajada. A lo sumo podría invocar razones de interés que serían válidas en otras circunstancias, pero no ahora, cuando las dificultades creadas por la guerra y la propia situación de España impiden un comercio regular, único aliciente con que razonan los gachupines que apadrinaban la idea y se frotaban las manos con entusiasmo dándola por hecha, sin duda porque, en su estimación, el arreglo de un pleito de toreros y la reanudación o no de relaciones entre dos países de gobiernos opuestos vienen a ser cosas parejas. Pero eso es lo que piensan algunos gachupines y lo que le han hecho pensar al representante de Franco en Cuba... con misión especial en México. De ahí la confusión de imaginar que el reconocimiento podría lograrse a la media vuelta, como las banderillas que se les clavan a los toros difíciles. Pero los trabajos de la política —de la buena política— son algo más serios que las faenas toreras, y no hay correlación ninguna entre unos y otros. La política mexicana con respecto a la República, primero, y a la rebelión triunfante, después, la señaló vigorosamente —y ese será un orgullo eterno para México— el general Lázaro Cárdenas y la continúa el general Avila Camacho. Eso es todo. Lo demás es anécdota, más o menos taurina y picaresca. Si México dió una lección de civismo democrático negándose al reconocimiento de Franco cuando lo aureolaba el triunfo, mal podría, lógicamente, rectificar ahora, cuando a Franco le hacen ascos casi todos los países americanos de habla española y el presidente Roosevelt no recata, a pesar de las complacencias aliadas, su repudio para él. A otro clima con esos menesteres. El de México es demasiado alto y el embajador puede volverse de nuevo con sus maletas.

Amor a lo Español

Nosotros, innovadores de la política española, instauradores de la República, para convertirla en un instrumento civilizador y de progreso en nuestro país, no hemos renegado de nada que no sea noble y grande en la historia de España; absolutamente de nada. Yo tengo tal reverencia y devoción por el genio de mi país, que, solventadas las diferencias políticas y arrasadas las discordias y quemada la broza de las discordias, a los que tenemos el juicio bastante claro y el corazón bastante alto para pensar en patriotas, nos estará permitido amar y admirar lo que en los tiempos presentes no podríamos admitir y aborreceríamos y combatiríamos. Por eso no hemos renegado de ningún valor español, de lo que sea noble, grande, y lleve el sello propio del genio de nuestro país.—MANUEL AZAÑA.

LA BATALLA DE LA RETAGUARDIA



Duffey en el Baltimore *Sun*.

La Lucha por la República

Pacciardi en Italia

Según noticias recibidas en México, se encuentra ya en Italia el Secretario General del Partido Republicano Italiano, Randolfo Pacciardi, que fué, como se sabe, comandante de la Brigada Garibaldi en la guerra española, en la que se distinguió brillantemente combatiendo por la República.

Pacciardi intentó desde el comienzo de la guerra actual organizar una Legión italiana para luchar al lado de los aliados, pero su iniciativa no encontró entre éstos el apoyo necesario.

Intentó más tarde, aunque en vano, trasladarse a su patria, cuando en ella desembarcaron las tropas inglesas y americanas.

Al constituirse el gobierno de Badoglio, con Sforza, Croce y Ercoli de ministros, Pacciardi combatió tal combinación política desde las columnas de L'ITALIA LIBERA, semanario que dirigía en Nueva York. La posición de Pacciardi era netamente republicana.

Ahora ha logrado su anhelo de trasladarse a su país, para continuar desde allí la lucha por la República.

La presencia de Pacciardi en Italia es sintomática del cambio político operado en aquel país, desde la salida de Badoglio del poder —cuyo gobierno, según ciertos deseos diplomáticos, había de durar hasta la total liberación de la península— y la formación del gabinete que preside el antiguo socialista Ivanoé Bonomi, cuyo primer acto ha sido suprimir el juramento de fidelidad al rey, sustituyéndolo por el de lealtad a la nación, y el cual ha acentuado el matiz antifascista de la nueva formación ministerial italiana.

Pacciardi en Italia —deslígado de compromisos de gobierno— representa la seguridad de una lucha eficaz contra la monarquía y el fascismo hasta conseguir la implantación de la República.

El antiguo comandante de la Brigada Garibaldi es una figura brillante de la política joven de Italia y un hombre de acción.

COMENTARIOS

Una nueva versión sobre España

¡Qué elocuentes declaraciones ha hecho miss Dorothy Knapp, miembro del Servicio Exterior norteamericano, al regresar a los Estados Unidos procedente de Madrid! No tienen, desde luego, la fuerza de cuantas ha venido haciendo, en idéntico sentido, el embajador Hayes; pero, en cambio, ¡cuánto más autorizados son! Porque Miss Knapp, sin cometer indiscreción alguna, sin salirse de la actitud prudente y cautelosa del campo diplomático, revela que tanto Mr. Hayes como Sir Samuel Hoare no han hecho otra cosa que engañar a sus pueblos y a sus respectivos gobiernos.

No es a Franco a quien atribuye Dorothy Knapp las simpatías y los servicios a la causa aliada. Es al pueblo español, ese pueblo que "no comprende la política de los Estados Unidos de no interferirse en los asuntos interiores de otros países". Obsérvese que Miss Knapp especifica que el "pueblo pobre espera que los británicos y los americanos vayan a arreglar las cosas de España". Esa distinción entre pueblo pobre y pueblo rico es un poema. Los ricos son los franquistas, los que ocupan el poder, los que, después de haberlo recibido de manos de Alemania, se esfuerzan por conseguir que los Aliados los mantengan en él. La diferencia precisa claramente dos tipos de ideología: los demócratas y los fascistas. El pueblo pobre es quien defiende la causa aliada. Es, en resumidas cuentas, el pueblo español.

¿Por qué espera el pueblo español que Inglaterra y Estados Unidos resuelvan las cosas de España? Porque esas "cosas" son las mismas que dieron origen a la guerra actual. Contra esas "cosas" luchan las naciones aliadas. Antes de que los soldados ingleses y norteamericanos luchasen contra el fascismo internacional, luchó el pueblo español, y dió su sangre a torrentes por la causa que defienden las democracias. ¿Cómo no esperar que Inglaterra y Estados Unidos resuelvan el problema español? Es su deber, no porque el problema concierna a los españoles, esto es, sea uno de esos "asuntos interiores" a que se refiere Miss Knapp, sino porque es el mismo problema que afecta a todos los pueblos libres de la tierra.

No comprende el pueblo español la política de no interferirse en los asuntos interiores de otros países. ¿Cómo va a comprenderla si esa política, aplicada a España, no es tal política, sino todo lo contrario? Cuando Mr. Churchill pronunció su discurso haciendo la apología de Franco y sus satélites, no hizo otra cosa que intervenir en el problema español, pero al lado del régimen franquista. Porque sus palabras fueron como una garantía que el gobierno británico ofreció a Franco de que los aliados no iban a hacer nada por favorecer el restablecimiento de la democracia en España.

El pueblo español tiene sus simpatías al lado de los demás pueblos que luchan contra el fascismo. Que las tenga al lado de sus gobiernos es ya otra cosa. A estas horas, Mr. Churchill no representa, para los españoles, al pueblo británico, a ese pueblo que, en las horas angustiosas de la derrota, se dirigió al mundo civilizado en demanda de apoyo, y lo obtuvo, no porque le pareciera al mundo más simpática, en el orden personal, la figura de Mr. Churchill que la de Hitler, sino porque Inglaterra representa unas conquistas morales que son comunes a la humanidad entera.

Si las palabras que Mr. Churchill dedicó a Franco las hubiera pronunciado antes de suceder en el gobierno a Mr. Chamberlain, el pueblo inglés lo hubiera recusado. Hoy mismo, si se realiza una consulta popular en Inglaterra sobre las declaraciones de Mr. Churchill, la inmensa mayoría de los ingleses las repudiaría. El hombre que hoy ejerce las funciones de gobierno en Londres llegó al poder respaldado por una actitud limpia en el problema de España. Era uno de los políticos británicos que más insistentemente pedía a Mr. Chamberlain que ayudase a los republicanos españoles, y es suya la frase, dirigida a su antecesor con motivo del pacto de Munich, que atribuye a aquel acontecimiento, encaminado a mantener la paz, la ruptura de las hostilidades.

El pueblo español sabe que la humanidad tiene un problema pendiente con España. La humanidad no Churchill, ni los apaciguadores. Por eso espera que a la hora de la victoria vayan a resolverlo. Porque es un deber de los pueblos democráticos saldar la deuda de gratitud que han contraido con los españoles. Y si Mr. Churchill se niega a cumplir ese deber, el daño no se lo hará tanto a España como a la propia nación inglesa. Porque, en fin de cuentas, los españoles no descansarán hasta liquidar el régimen franquista que los oprime, y cuando lo hayan conseguido, Inglaterra, en lugar de contar con un pueblo amigo y leal, se encontrará con una nación agraviada que tiene orgullo y dignidad suficientes para rechazar las amistades insinceras.

Al hacer la defensa de Franco, Mr. Churchill contrajo una deuda con el pueblo inglés, que se halla identificado con el pueblo español, y serán sus gobernados quienes le exijan dar a los españoles el trato que merecen.

M. MILLARES VAZQUEZ

Habana, junio.

En Nueva York

DIRECTIVA DE LOS ADHERIDOS A LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

En el local del Centro Español se celebró la segunda reunión de los republicanos adheridos a la Junta Española de Liberación con objeto de elegir su Junta Directiva.

Presidió la sesión el Delegado oficial de la Junta de México, don Fernando de los Ríos, siendo aprobados por unanimidad los candidatos presentados por la Comisión Nominadora, quedando por tanto constituída la directiva por los señores siguientes: Coronel de aviación de la República, Francisco León Trejo; Miguel Garriga, Vicepresidente de la Internacional de Cocineros; Juan Deus, Presidente del Centro Español, y José Carnero, Presidente de "La Nacional".

Se nombró también una Comisión de Relaciones interamericanas integrada por el licenciado Emilio Núñez, Ceferino Barbazán, Antonio Reina y Miguel Garriga.

A propuesta de Pedro Diez se acordó por unanimidad adherirse al mitin contra las declaraciones del primer ministro Churchill en favor de Franco, organizado por Sociedades Hispanas Confederadas y nombrándose delegados, para que representen a la Junta Española de Liberación en ese acto, a los señores Emilio Núñez y Aurelio Pego.

Se acordó además publicar en inglés y español el manifiesto recibido de la Junta Española de Liberación como protesta a las declaraciones del ministro Churchill y hacerlo circular profusamente.

Cerró el acto don Fernando de los Ríos con unas sentidas frases acerca de la tragedia que sufre el pueblo español y exhortando a los concurrentes a no cejar en la lucha hasta ver a España completamente liberada del terror nazifascista.

UN EDITORIAL DE "EL POPULAR"

"¡Fuera de México el agente de Franco!"

En su número correspondiente al día 27 de junio, "El Popular" ha publicado el editorial que reproducimos, en el que se condena rotundamente la presencia en México del agente franquista García Olay y se pide su inmediata salida del país. El editorial de "El Popular" interpreta sin duda alguna el sentimiento mayoritario del pueblo mexicano, cuyo fervor por la República española se hizo patente en tantas ocasiones.

Hace varios días que se encuentra en la ciudad de México el señor Pelayo García Olai, "Marqués de Olai", Encargado de Negocios del gobierno de Francisco Franco en la República de Cuba. Tenemos, pues, entre nosotros a un falangista eminente, a uno de los hombres de confianza del Generalísimo (?); y si se toma en cuenta que, según las más autorizadas investigaciones, la ciudad de La Habana ha sido convertida, de algunos años a esta parte, en el centro coordinador y director de las actividades falangistas en todo el Continente Americano, hemos de concluir en la certeza de que García Olai es de esos personajes encumbrados de la jerarquía germano-franquista que, bajo el título y el fuero diplomático, llevan a cabo las más delicadas tareas de espionaje y penetración en los países no fascistas.

García Olai llegó sigilosa y misteriosamente; pero no tanto que su viaje no fuera precedido, en Cuba y en México, por rumores verdaderamente sensacionales. En la hermana República y en nuestro territorio circuló la noticia: García Olai venía a México a realizar negociaciones extraoficiales, oficiosas, o no tan extraoficiales ni tan oficiosas, que dieran por resultado final el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y el Gobierno de Franco.

Sin visa de nuestro Gobierno, en gracia sólo a una franquicia anormal, el Marqués de Olai vino a México y su presencia fué públicamente descubierta. Interrogado por la prensa, el agente franquista ha negado, con explicaciones muy pintorescas, que su visita tenga el objeto antes señalado. El Marqués atribuye a la benignidad del clima mexicano, a las virtudes curativas de la altura del Valle de México, a la claridad de nuestro paisaje luminoso, su ingrata presencia en un país que no quiere tener nada que ver con Franco ni con sus satélites y servidores.

Las justificaciones de Olai no convencen a nadie que tenga una brizna de razón y de experiencia política. A nuestro pueblo no se le puede engañar con historietas diplomáticas. Si el clima natural de nuestro país es amable a los enfermos de franquismo, en cambio nuestro clima político los rechaza. Esto debe ser comprendido perfectamente.

* * *

En México sabemos muy bien lo que el franquismo representa en la vida internacional de los últimos años. Asistimos de cerca con nuestro interés apasionado de país históricamente afín a España, a la crucifixión de la República, traicionada por la soldadesca falangista, cómplice e hijastra del Eje hitleriano. Ayudamos cuanto pudimos a la República, que era ayudar a España, la verdadera, la insobornable. Sabemos que en España comenzó realmente la Segunda Guerra Mundial, la guerra a muerte entre el fascismo y la democracia y que fueron Franco y sus hordas los que en ese primer episodio decisivo de la gigantesca contienda sirvieron de dócil y miserable instrumento a las potencias nazifascistas. Sabemos que el poder de Franco y de su caterva de marqueses y condes corrompidos y venales se levanta sobre el cuerpo de una España desangrada, derruida y humillada. Porque sabemos todo esto, México tuvo una actitud contundente hacia el franquismo en el curso de la guerra española y la mantiene sin quebranto. Para México, el gobierno falangista español es tan ilegítimo como lo era el italiano de Mussolini, como lo es el de Hitler, como lo es el de Argentina. Para México el triunfo temporal de la traición en España no derrumba el poder de los intereses y los ideales permanentes del pueblo español y de la causa de la democracia. Las palabras con que el general Manuel Avila Camacho, nuestro gran Presidente demócrata y antifascista, saludó a los refugiados republicanos españoles, el 26 de marzo de 1943, en un memorable banquete de unidad mexicano-española, siguen expresando nuestro credo de auténtica dignidad internacional.

Dijo entonces el Presidente:

"Al agradecer vuestro homenaje —que no puedo aceptar para mí y que, por consiguiente, restituyo en su integridad al pueblo de México— os felicito por la gallardía de vuestro ánimo y hago votos por que el término de la conflagración que ahora aflije al mundo devuelva vuestro destino a la continuidad de esa España eterna por la que luchasteis sin desfallecimiento y a la que deseo consagrar en estos instantes, junto con vosotros, un pensamiento impregnado de afecto y admiración".

Medite el "Marqués de Olai" en estas palabras que expresan ardientemente el sentir y la voluntad de nuestro pueblo. Esas palabras refrendan nuestra irrevocable conducta frente al caso español. Esas palabras quieren decir que la diplomacia franquista, brazo derecho del espionaje alemán en la América Latina, no debe hacerse ilusiones tontas respecto a México, mientras en México aliente el régimen democrático. Esas palabras quieren decir que México entiende que su existencia como Nación libre está ligada íntimamente a la suerte del pueblo español. Esas palabras quieren decir que mientras en México no haya sino aniquilada la Revolución Mexicana —y el aniquilarla es otra ilusión tonta— no hay lugar en nuestras relaciones internacionales para los espías-diplomáticos de la España germanizada.

Esto es y será así, a pesar de los agentes falangistas distribuidos en nuestro territorio. A pesar de las relaciones de complicidad entre el falangismo y el sinarquismo. Y a pesar de que la España de Franco y sus corifeos de estas tierras, se desviven porque se establezcan las relaciones diplomáticas entre México y la España de Franco, con el objeto de fundar aquí su más poderoso cuartel general en la América Latina.

El "Marqués" se ha equivocado. Su presencia, cualquiera que sea el pretexto para ella, es ingrata entre nosotros. Por eso, y para evitar las perturbaciones que obviamente esa presencia puede provocar, reclamamos con energía la salida de México del eminente enviado de Franco.

¡Fuera de México el representante del falangismo sanguinario y traidor!

LABOR DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

El viaje de D. Alvaro de Albornoz por Sudamérica

LOS ACTOS EN URUGUAY.-LLEGADA A CHILE

Noticias recibidas de Montevideo destacan la importancia política de los actos celebrados en la capital y otras localidades de la República uruguaya con motivo del viaje realizado por el miembro de la Junta Española de Liberación don Alvaro de Albornoz.

Nuestro ilustre amigo fué recibido en audiencia por el Presidente de la República y celebró conferencias con varios ministros. También informó ante la Comisión de Asuntos internacionales de la Cámara de Representantes, especialmente invitado por el Presidente de ésta, don Luis Batlle Berres, quien presentó al Sr. Albornoz a los diputados que forman parte de dicha Comisión, presidida por el doctor Quadros.

Después de exponer el señor Albornoz sus puntos de vista sobre la situación internacional y especialmente sobre el problema español, los miembros de la Comisión formularon interesantes preguntas y a su vez expusieron acertadas opiniones sobre los temas tratados.

A continuación, el señor Batlle presentó al señor Albornoz, en el gran salón presidencial de la Cámara, a gran número de diputados y personalidades políticas y acompañó al ilustre visitante a visitar las dependencias del hermoso Palacio Legislativo.

EL PARTIDO COLORADO BATLLISMO

Los partidos democráticos uruguayos organizaron diversas recepciones en honor del señor Albornoz, quien fué recibido por el pleno del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado Batllismo, presidido por don Antonio Rubio e integrado por los miembros del mismo, senador señor Brum, ministro de Obras Públicas, señor Barreta, don César Batlle, diputados señores Ferreira Ferla, T. Gamba, Zubiría y Granert, miembros del Comité Departamental y otros distinguidos correligionarios.

El señor Rubio pronunció unas palabras de saludo al político republicano español, en las que expresó toda la emoción que los demócratas uruguayos sienten al tratar los asuntos de España y de la República. Contestó el señor Albornoz, expresando su vivísima satisfacción por encontrarse entre los continuadores políticos de don José Batlle Ordoñez, modelo de demócratas y gobernantes.

EL PARTIDO SOCIALISTA URUGUAYO

El Partido Socialista Uruguayo también organizó una recepción en la Casa del Pueblo, recibiendo al visitante el Comité Ejecutivo Nacional en sesión pública. En nombre del partido, saludó al señor Albornoz, el destacado socialista don Héctor D'Elia, quien dedicó palabras elogiosas a los republicanos españoles y ofreció la colaboración de los socialistas uruguayos en la causa que defiende la Junta Española de Liberación.

El señor Albornoz agradeció tan cordiales manifestaciones, exaltando la obra de los socialistas uruguayos y de su maestro Dr. Emilio Frugoni, y ratificando su fe en el triunfo de la democracia española.

AGASAJO DEL INTENDENTE

El Intendente Municipal de la ciudad de Montevideo, Ing. Juan P. Fabiani ofreció un banquete en el Parque Hotel al señor Albornoz. Asistieron el señor Coello de Portugal, representante de la Junta Española de Liberación, don César Batlle, don Antonio Rubio, presidente del Partido Colorado Batllismo, don José Añón, presidente del Centro Republicano Español, y los representantes y altos funcionarios de la Intendencia.

El señor Albornoz dió una conferencia en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo, y en un aula, dictó una lección sobre derecho constitucional a los alumnos de la Facultad de Leyes.

RECEPCION DIPLOMATICA

El embajador de México en el Uruguay Lic. Armendariz del Castillo ofreció una recepción al señor Albornoz, en los salones de la Embajada. Asistieron, el ministro de Obras Públicas, señor Barreta, los representantes diplomáticos de la Francia Libre y de la URSS, señores Lancial y Orlov, el general Goes Monteiro, y otras distinguidas personalidades uruguayas, mexicanas, españoles y de las Naciones Unidas.

OTROS ACTOS

Los Centros regionales españoles —Centro Asturiano, Casal Catalá, Casa de Galicia, etc.— organizaron sendos actos en honor del ilustre compatriota, y en todos ellos habló el señor Albornoz.

Los actos en que intervino éste, culminaron con el celebrado en el Ateneo de Montevideo, cuyo gran salón de conferencias y las demás estancias de la Casa estaban llenas de público.

Hizo la presentación del orador el presidente del Centro Republicano Español don José Añón, y a continuación el del Ateneo, Dr. Alvaro Vázquez, ofreció la Casa al conferenciante.

El señor Albornoz pronunció un importante discurso examinando la situación interna de España y las circunstancias internacionales. En uno de sus próximos números publicará ESPAÑA el texto íntegro de tan interesante conferencia, que constituyó un gran éxito.

VISITA A LOS DEPARTAMENTOS

El ex-presidente del Tribunal de Garantías hizo, además, un breve recorrido por los principales departamentos: Salto, Paysandú y Soriano, tomando parte en diversos actos públicos, que como los celebrados en la capital, constituyeron otros tantos éxitos para la causa de España y de la República.

Los periódicos de mayor prestigio y circulación de la capital —"El Día" y "El País"— y de los departamentos han destacado diariamente la importancia de tales actos y de la actuación pública del ilustre visitante, que quedó muy complacido de las atenciones y agasajos recibidos, tanto del elemento oficial y partido uruguayos como de los republicanos españoles, los cuales celebran la trascendencia política de la obra realizada por el miembro de la Junta Española de Liberación.

LLEGADA A CHILE

PROGRAMA DE LOS ACTOS

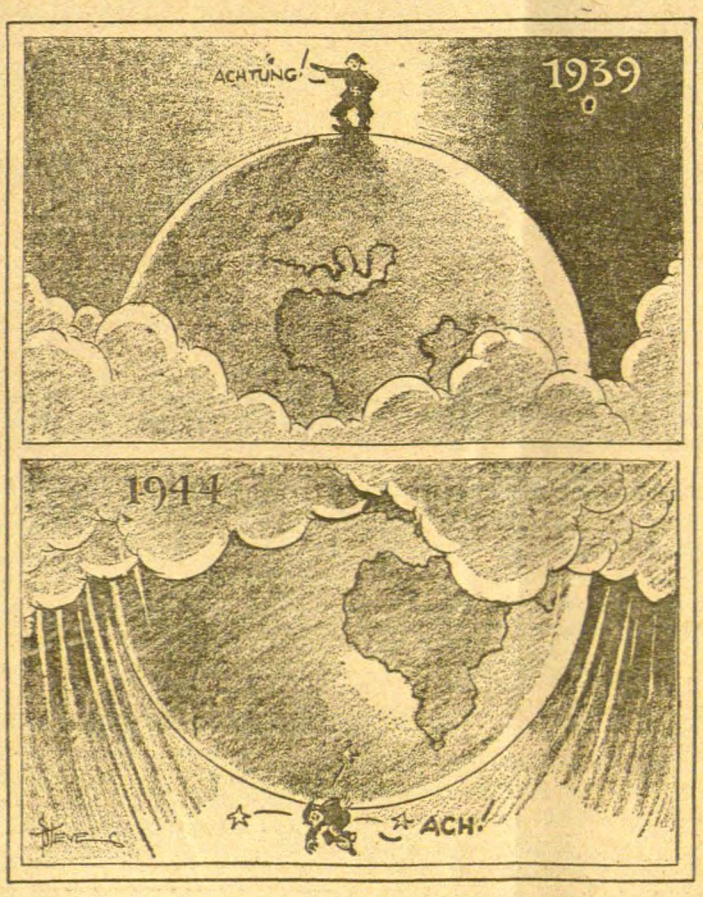
El señor Albornoz según noticias recibidas desde Santiago de Chile, llegó a dicha capital el pasado día 22 de junio. El programa de su actuación en la República chilena es muy nutrido. Será recibido en audiencia por el Presidente de la República, y obsequiado con un banquete por las personalidades más destacadas de la política chilena, además de otros agasajos preparados por los elementos republicanos españoles, agrupación socialista, y Esquerra Republicana de Cataluña. Entre los actos públicos en que tomará parte el señor Albornoz, figuran los siguientes: en el Centro Republicano, organizado por su Directorio; discurso en el Teatro Municipal, desarrollando el tema "República o Monarquía en España"; el discurso será radiado a todo el país y presidirá el acto el ilustre parlamentario chileno don Armando Rodríguez Quezada; conferencia en el Club de la República; conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, presidida por el Rector, sobre el tema "Las garantías de la ley fundamental"; acto público en el Teatro Baquedano, organizado por el Centro Socialista Pablo Iglesias y el Comité Nacional del Partido Socialista Chileno, etc.

En Valparaíso se celebrarán tres actos públicos y en la Concepción, invitado por la Facultad de Derecho, Alvaro de Albornoz dictará una conferencia.

Informaremos oportunamente de la celebración de estos actos.

La estancia del señor Albornoz en Chile durará 15 o 20 días y de allí continuará su viaje de regreso, probablemente, por Perú, Ecuador, Colombia y Panamá.

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO



Deschner en el Syracuse *Post Standard*.

"El pueblo español fué el primero en el heroismo y en el sacrificio"

Declaraciones de D. Alvaro de Albornoz sobre el discurso de Mr. Churchill

Durante su estancia en Montevideo, el miembro de la Junta Española de Liberación, don Alvaro de Albornoz, fué entrevistado por varios periodistas que solicitaron su opinión sobre el discurso de Mister Cruchill. Reproducimos a continuación las declaraciones del Sr. Albornoz al importante diario uruguayo "El País":

—Deseamos conocer la opinión de usted que es, sin duda, la de muchos republicanos españoles, acerca del discurso de Mr. Churchill. ¿Qué juicio le merece a usted?

—El discurso de Churchill no puede ser comentado en unas breves declaraciones. Sería menester, para analizarlo debidamente, otro largo discurso o escribir una serie de artículos.

La impresión que me causó fué, todavía más que de indignación como español, de asombro como liberal y como demócrata. Lo que dice de la España franquista es tan excesivo que ha suscitado el comentario adverso, no ya de los órganos avanzados de Inglaterra y los Estados Unidos, sino de la prensa más templada de estas Repúblicas americanas. Algunos periódicos de Venezuela han señalado la injusticia que se comete con el pueblo español, y "O Radical" de Río de Janeiro, opina que Churchill se mostró demasiado generoso con algunos gobiernos de quienes se sospecha que sienten simpatías en favor del Reich. En cambio, echa a vuelo las campanas, llenando de elogios a Churchill y publicando su retrato, la prensa falangista de Madrid, la misma que antes lo insultaba, así como a Inglaterra, mientras los falangistas madrileños apedreaban la Embajada británica.

—¿No cree usted, entonces, que la España franquista haya prestado a la causa aliada los servicios que dice Churchill?

—Ni lo cree —y aquí está precisamente lo más grave de sus manifestaciones— el mismo Churchill aunque diga otra cosa y aparentemente confunda a Franco con España. Churchill sacrificó al oportunismo del momento toda una herencia de principios y de convicciones a que en la misma Inglaterra se ha rendido culto siempre.

España no fué a la guerra al lado de Alemania e Italia porque no quería ni podía ir, y Franco no podía llevarla. Si lo hubiera intentado con algo más que intrigas y maniobras que no le dieron resultado, hubiera desatado en España la revolución contra él y su régimen. Franco hizo en favor de Alemania e Italia, primero con su no beligerancia cínica y después con su neutralidad pérfida, todo lo que podía hacer: en el orden económico, mediante las sórdidas y premiosas colaboraciones que todo el mundo sabe; en el orden político, proclamando insolentemente su solidaridad con los regímenes totalitarios, injuriando a Inglaterra y a los Estados Unidos y haciendo fervientes votos por el triunfo de Hitler y de Mussolini, sus progenitores. Y en el orden militar —sin necesidad de señalar hecho tan notorio, aunque varias veces camouflado como el envío de la Legión Azul a Rusia— era el espionaje de Algeciras —así como el de Marruecos— el que anunciaba los convoyes aliados que iban a cruzar el Mediterráneo, y los submarinos alemanes que los atacaban se proveían de combustible en las costas españolas. Nadie ignora en España, y no puede ignorarlo Churchill, aunque sus agentes en la Península no hayan sido ciertamente unos linces, lo que han representado para alemanes e italianos en los momentos más obscuros de la guerra, las bases navales y aeródromos de la metrópoli y las islas adyacentes, así como las grandes industrias de Cataluña y Vizcaya. Suponer que Franco, que no pudo llevar a España a la guerra en 1940, podía atacar con sus cañones, cuando ya la guerra comenzaba a decidirse por los aliados, las grandes concentraciones de buques en Gibraltar y los que cruzaban el Estrecho, y agradecerle el favor de abstenerse de ello, es verdaderamente hacer de abogado del diablo.

Por lo demás, la ayuda de Franco a Alemania era tan importante, y al parecer tan intolerable, hace todavía unos meses que motivó, de parte de los Estados Unidos e Inglaterra, represalia tan grave como el cese de los suministros de petróleo a España.

—¿Qué opina usted de la teoría de Churchill según la que es preciso distinguir entre las naciones que han sido agresoras y las que no lo fueron?

—Primero, que es injusta. Porque los estados fascistas que no fueron agresores por impotencia, pero que demostraron en todo momento su simpatía a la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, a las que ayudaron cuanto les fué posible, son tan culpables como las que agredieron materialmente, si no más, ya que, des-

notas de la SEMANA

LA GUERRA Y LA PAZ

Ya son muchos los programas esbozados para organizar la paz de la post guerra. Dispares en lo accidental o secundario, todos ellos coinciden en la necesidad de crear un sistema de solidaridad internacional que haga imposible la repetición de guerras como la presente y facilite un reajuste económico y político más eficaz y justo que el actual. Si esa aspiración, por la que inútilmente se viene luchando desde hace muchos años, no se lograse ahora, un pesimismo irremediable mataría las ilusiones de millones de hombres que creen estar en vísperas de una vida mejor. ¿Son fundadas esas ilusiones? Si nos atenemos a las promesas de los teóricos y de los ideólogos, especuladores generosos sobre un mundo abstracto, sí. Todo concuerda con sus fórmulas pacifistas y con la filosofía política y social de que son valedores. Todo . . . menos la actitud de los gobernantes, más atentos a los intereses nacionales que cada uno de ellos representa que a los dictados de una moral política superior. El ejemplo de Winston Churchill, declarando intangible el imperio británico, es característico. Eso quiere decir que la mentalidad de los hombres que hoy gobiernan el mundo —no es sólo Winston Churchill el que piensa así— no es apta para asimilar y menos llevar a cabo la tarea de presidir una reforma profunda en la organización internacional. Y la sombra desvanecida de la Sociedad de Naciones, cuerpo sin alma, ente sin vida, en que vino a quedar el gran ensueño del presidente Wilson, se pone de nuevo delante de los ojos . . . La concepción casi mística —y mítica— del profesor norteamericano, que fué elemento sustancial para la victoria de 1918, se tradujo a la postre en una inmensa covachuela donde un ejército de burócratas —el único realmente triunfador— se daba concienzudamente al oficio de embrollar todos los problemas, método seguro para no resolver ninguno. De lo que debió ser el Tribunal Supremo de la justicia internacional y el instrumento de una paz efectiva y fecunda, hicieron las grandes naciones vencedoras en la guerra un cínico artilugio tras del cual se encubrían los más innobles chalaneos de la gitanería diplomática. Nos viene al recuerdo, con repugnancia que el tiempo no amortigua, el trato que recibiera la República española . . .

Recelamos que se intenta volver por el mismo camino. Los episodios políticos de la guerra, el lenguaje equívoco —o demasiado expresivo— de los hombres que ejercen la función del mando en las grandes naciones, no invitan a ninguna esperanza. Al parecer, lo que se cuece en el caletre oficial de las NN. UU. es un especie de AMGOT internacional asumido por las tres potencias —Inglaterra, los EE. UU. y Rusia, ya que la inclusión de China en un cuadrunvirato nos parece simplemente nominal— vencedoras. ¿Para imponer, tal vez, la Carta del Atlántico, que sería la única justificación de una tutela semejante? Hace ya tiempo que esa carta ha sido archivada y declarada fuera de curso por los mismos que la signaron un día de verano, cuando la guerra era todavía una guerra de ideas y no puramente mercantil, como se quiere que sea ahora. La soberanía de las grandes naciones se reputa intangible y, por consecuencia, fuera de toda subordinación a un sistema de superestructura internacional. Retornamos, pues a los viejos y torcidos senderos de la diplomacia en los cuales se extravía con tanta frecuencia la verdad y la justicia está a merced de los salteadores bien armados, que le cobran tributo o la dejan en cueros. Discutir planes de post guerra, o adquirir compromisos acerca de lo que será el mundo post-bélico resulta, en opinión de algunos estadistas demócratas, tan inútil como "hablar del color de las corbatas" que han de usar cada uno de los negociadores de la paz. De suerte que a medida que la guerra se va ganando —¡y a qué precio!— la paz con que soñábamos se va perdiendo, esfumándose en la vaguedad de una política sin límites precisos y sin lemas claros y vigorosos. Para corroborarlo, ahí está el caso sangrante de España, donde la democracia fué crucificada no tanto por los sayones totalitarios como por los iscariotes democráticos que simulaban papel de cirineos. Pero ya no se trata de España, sino del mundo, y los que antes no acertaron a sentir nuestro dolor padecen ahora el suyo, que es nuestro también. ¿Por qué y para qué se está luchando? La pregunta tiene bastante más importancia que el color de las corbatas diplomáticas. Entre otras razones porque es posible que esa interrogación, incontestada, —o mal contestada— por los caballeros de corbata indefinida, la contesten de manera rotunda los hombres que no lleven corbata.

DEL DICHO AL HECHO

Werner en el Chicago *Sun*.

LOS DINEROS DE LAS MONJITAS

Aunque las impresiones que en secreto confiaban a sus amigos eran bien distintas, algunos viajeros que llegaban de España —viejos residentes, por lo general, que habían ido a darse una vueltecita patriótica por el solar nativo, que abandonaron presurosamente en su juventud— han ofrecido en varias ocasiones un cuadro optimista y risueño de la situación en que se encuentra la península bajo el paternal gobierno de falangistas y militares. El cuerno de la abundancia se había volcado sobre España una vez aplastada la hidra roja, y si algunos artículos faltaban o escaseaban, ello debía atribuirse a las derivaciones de la guerra, que impedían el normal abastecimiento del país. Fuera de eso, la paz reinaba en España —como en Varsovia— y todo acusaba en ella un ritmo de vida ascendente y feliz. Cuanto se dijera en contrario debía cargarse a la cuenta de la propaganda republicana, interesada en desprestigiar el régimen de Franco, salvador no solamente de España, a la que ya salvó una vez Primo de Rivera, sino también, según el notable humorista mexicano Guisa y Azevedo—el mismo a quien el rector Brito Foucher le hubiera partido la crisma si Guisa y Azevedo no fuera tan prudente— de la civilización cristiana y de la cultura occidental. Un día el arzobispo Spellman, grande y todopoderoso como debe serlo un arzobispo yanqui —lo que no evita que el honrado sastre Franc Hahnl jugara con él al tragabolas arrojándole en plena misa un par de huevos— resolvió la disputa con la altísima autoridad de su jerarquía afirmando que España es, en realidad, un pueblo dichoso, y Franco un conductor inteligente, bondadoso y sincero, asistido por la gracia de Dios. Desde entonces quedó sentado, pues, que en España no había tristezas, ni persecuciones, ni castigos —salvo la de criminales como Besteiro o Companys— y menos que nada, hambre. Pero ahora le dan la réplica al arzobispo —y a los otros— una monjitas mexicanas que, no obstante pertenecer a familias ricas, deambulan por España en demanda de pan y albergue transitorios porque el conventual, ¡ay!, se lo llevó la trampa falangista. Y si en España andan así las monjas ¿cómo andarán las modistillas, y los dependientes de comercio, y los albañiles, y los funcionarios de tercera categoría, y los carpinteros, y los campesinos, y . . . Nos referimos, claro es, a los que están fuera de las cárceles, porque los que están dentro no tienen, gracias a la generosidad del caudillo, problema ninguno que resolver. Bien que mal, la bazofia carcelera los resuelva todos.

Pero, y los buenos dineros de las monjitas ¿qué se hicieron? ¿Humo, tal vez, o fueron a engrosar la caja del partido único? Lo cierto es que los miles de pesos que los parientes de aquí enviaron para remediar las escaseces de las monjitas se han escamoteado en el camino, como se escamotearon los que, en proporción mucho más modesta, enviaron no pocos refugiados para aliviar la miseria de sus deudos que quedaron allí. Como hay tal abundancia, según el arzobispo Spellman y los gachupines franquistas, los burócratas de Falange encargados de recibir y entregar el dinero, deben pensar que para nada lo necesitan sus destinatarios. Y optan, con buen acuerdo, en guardárselo para sí, que todos somos hijos de Dios y nadie sabe los apuros en que puede encontrarse mañana. Es una variante de la caridad bien entendida, que empieza por uno mismo. Eso por lo que hace a los falangistas. Por lo que hace a las monjitas, aparte la resignación cristiana de que, naturalmente, deben estar dotadas, tal vez les baste con que el arzobispo Spellman y los gachupines franquistas las tengan presentes en sus oraciones.

---

pués de haber sido enemigos, sino beligerantes, pretenden sacar ventaja de la deslealtad y la perfidia.

Además, con la teoría de Churchill que permite subsistir a los Estados fascistas que no fueron materialmente agresores, se hace imposible toda organización jurídica de la Europa y del mundo de mañana, ya que cualquiera que ésta fuese, y aun quedando limitada, con renuncia a cualquier otra concepción más vasta, a una Sociedad de Naciones modificada y perfeccionada, lo primero que hace falta es que los gobiernos que de ella formen parte representen democráticamente a sus pueblos, en vez de ser unos usurpadores de su soberanía.

De otro modo, hablar de planes de renovación mundial sólo puede conducir a excitar la hilaridad de los oyentes, como le ocurrió al propio Churchill en la misma Cámara de los Comunes.

—¿Qué repercusión cree usted que tendrá el discurso de Churchill en el mundo democrático?

—Fatal repercusión. Decir, como llega a decir el estadista inglés en un momento de su discurso, "en un lugar apoyamos a un rey, en otro a un comunista" es sembrar la confusión, por no decir el espanto, en las filas de cuantos luchan por un mundo ordenado conforme a principios jurídicos y éticos. Walter Raleigh y Drake sonreirían desde lo alto de sus vergas, pero el austero Gladstone, y con él la legión admirable de puritanos ingleses, no aprobarían seguramente. Y decir esto otro: "en mi opinión, a medida que progresa esta guerra se ha hecho de carácter menos ideológico" es, si no paralizar los brazos, helar las almas de los combatientes por la libertad y la justicia. Es tanto como decir que aquellas famosas "cuatro libertades" y aquella Carta del Atlántico, no eran sino penachos de enganche, y que detrás y debajo de ellos no hay sino una realidad brutal sin ideales y sin entrañas. Aunque todavía tiene la palabra Roosevelt, que ha ido hasta ahora delante de su pueblo como un auténtico guía. El viejo Malborough que es, en el fondo Churchill, grande a pesar de todo, da en cambio la sensación de ir detrás de Inglaterra, que ha andado más de tres siglos desde la guerra de sucesión de España, en que lo único que se discutía era el predominio entre las grandes potencias.

—¿Qué impresión cree usted que habrán causado las palabras de Churchill en el pueblo español?

—Puede usted estar seguro de que los más tumultuosos sentimientos de protesta y de reprobación. Nadie se explicará entre los que allá sufren la tiranía cómo pueden ser tachadas de groseras caricaturas los retratos al natural y de cuerpo entero del monstruo que después de haber sido traidor a la República y al espíritu liberal español, se presenta ahora, en vísperas de la distribución de recompensas, como un vulgar desertor de la causa fascista.

El transformismo más cínico y más impúdico no es capaz de hacer desaparecer los montones de cadáveres, los lagos de sangre, ni las sombras augustas de los vilmente asesinados, desde el poeta García Lorca al honrado obrero Juan Peiró.

En el largo discurso de Churchill, hay, sin duda, muchas cosas que merecen ser censuradas. Pero hay algo tan vivo, tan hiriente, que sienten con nosotros, estoy seguro de ello, todos los demócratas de Europa y América: la injusticia tremenda que se comete con el pueblo español, el de la guerra de los tres años contra los facciosos de dentro y los dictadores de fuera, el primero de Europa en ser agredido injustamente y en repeler la agresión valerosamente, el primero en el heroísmo y en el sacrificio . . .

La correspondencia administrativa de ESPAÑA, giros, etc. deben dirigirse a nombre de JOSE Ma. FRANCES; Tacuba, 15. La correspondencia literaria a nombre del director.

VALIJA *indiscreta*

DON BLAS Y LOS NIÑOS

Don Blas apenas si se llama Blas Pérez. Don Blas es ministro de Franco. Don Blas es catedrático. Antes de la guerra era profesor de la Universidad de Barcelona y se distinguía por su anticatalanismo. Durante la guerra siguió viviendo en Barcelona, sin que le pasara nada. Don Blas era entonces un personaje insignificante. El se creía, sin embargo, destinado al martirio. Se veía ya descuartizado por los rojos. "Estos bárbaros —pensaba— me quemarán vivo, me atormentarán metiéndome pedacitos de madera en las uñas de los pies, harán conmigo butifarras, me venderán por kilos en cualquier carnicería de la Boquería, como uno de esos burros que terminan ahora su vida de trabajo convertidos en biftecs, me meterán en un caldero de aceite hirviendo . . ." Don Blas pensaba cada noche que moría de todas esas terribles muertes, juntas y sucesivas, pues le constaba que los rojos éramos unas fieras sanguinarias y feroces. Don Blas solicitó amparo de algunos republicanos catalanes amigos, y lo obtuvo. Mas no por eso se creyó menos muerto, desollado, achicharrado y descuartizado. Cuando despertó, se encontró, sano y salvo, en la zona de Franco, donde refirió sus terribles martirios en tono tan patético que puso la carne de gallina a las sensibles damas y damiselas del Auxilio Social, parecidas también a las mismísimas gallinas en otras flaquezas de la carne. En mérito de sus martirios, don Blas fué nombrado más tarde ministro de la Gobernación de la España imperial. ¡Oh mundo maravilloso, oh prodigiosa aventura! Todo lo ocurrido en España —ciudades bombardeadas, niños ametrallados, tesoros incendiados, ríos de sangre y de lágrimas . . .— había tenido un feliz objetivo, una venturosa finalidad. Todo terminaba afortunadamente en que fuese don Blas ministro de la Gobernación de Franco. Sin la guerra y la destrucción y el duelo, don Blas no hubiera llegado nunca a ser alto jerarca del Estado. Bien valía, pues, la pena de que hubiese habido guerra y muertes y ruinas, y por bien empleados debía dar don Blas sus espantosos martirios barceloneses, cuando, en sueños, fué víctima de los rojos.

Don Blas, ministro de la Gobernación, acaba de pronunciar un discurso al inaugurar en Vizcaya una Casa de Maternidad. Don Blas ha elogiado los "desvelos del nuevo Estado" por los niños y por las madres. Antes, en los ominosos tiempos republicanos, no existía tal desvelo. Al contrario: los republicanos, como se sabe, nos complacíamos en degollar a los niños de pecho, por pura distracción, y en darles patadas en la barriga a las mujeres embarazadas. Es posible que los demócratas de otros países entretuvieran sus ocios de modo distinto, pero en España —¡qué íbamos a hacer!— a los republicanos nos daba por ahí. En cada país la ferocidad de la gente liberal se manifiesta en forma diversa, con características peculiares, y sería vana pretensión la de que todos los republicanos del mundo se convirtieran en infanticidas y matricidas, sin otro objeto que el de no abandonar la exclusiva de ese divertido deporte a los republicanos españoles.

Felizmente, el generalísimo Franco y don Blas han cambiado tan abominables costumbres y se dedican a cuidar a los niños y a las parturientas, de donde resulta que ahora mueren muchos menos niños y muchas menos madres que antes. Lo ha dicho don Blas, y nosotros lo creemos. Don Blas ha citado estadísticas y cifras exactas: "Parturientas fallecidas durante la República, tantos miles. Parturientas fallecidas durante el Imperio azul, tantos centenares. Saldo a mi favor . . ." E idéntica precisión estadística y las mismas cuentas claras respecto a los niños recién nacidos. ¡Mágicos efectos del "nuevo Estado" y de la gobernación de don Blas! ¡Tierna imagen de la España falangista, donde los ministros de Franco hacen de comadrona abnegada, de atenta niñera, de pura e imperial gota de leche!

—Los niños son el porvenir del Imperio— habrá dicho don Blas en la ceremonia inaugural de la Maternidad vizcaína, pues la frase parece obligada para todos los oradores oficiales en actos semejantes. Los oradores oficiales tienden, en efecto, cuando hablan de niños, a insinuar, por medio de hermosas imágenes, que los niños acabarán por hacerse hombres. Es una idea que se les ocurre frecuentemente a los oradores oficiales. Ellos sospechan que si se acabasen los niños terminarían también por acabarse los hombres, y el Imperio se quedaría entonces sin soldados, sin falangistas y sin profesores universitarios anticatalanistas. En el fondo, los oradores oficiales presumen que los niños no salen de los hombres, sino los hombres de los niños, como así ocurre en realidad, pues el verdadero antepasado del hombre es el niño.

Un ministro de Franco tiene, además, otros motivos para desear que los niños no se mueran cuando nacen, porque en ese caso la Falange no los podría matar luego, cuando se hacen mayores. El programa de Falange consiste en no matarlos de chicos al nacer sino de grandes al morir.

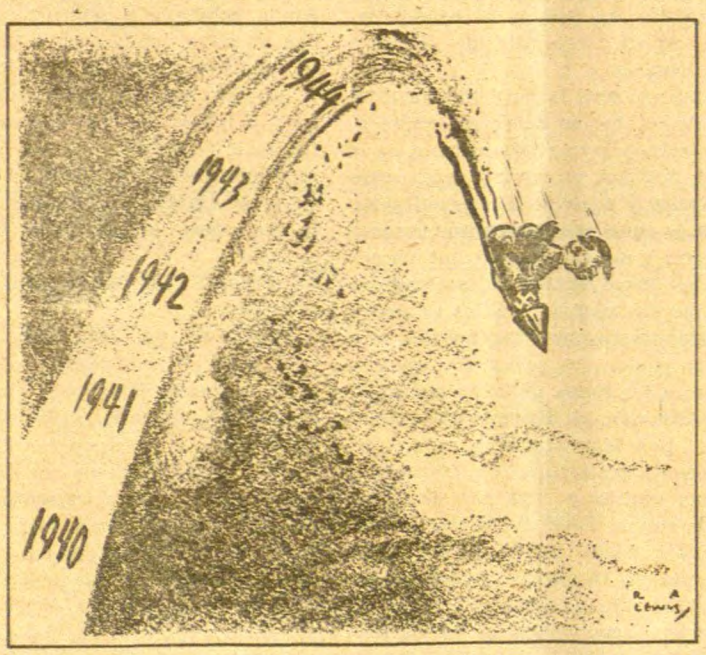
Todo esto resulta algo macabro, pero es de una lógica elemental. Si todos los niños españoles hubieran muerto en el momento de venir al mundo, ni el gobierno de Franco, del cual forma parte don Blas, ni los falangistas, correligionarios del propio don Blas, hubieran podido pasarse ahora unos cuantos años fusilando y asesinando a hombres. En fin de cuentas, ¿qué interés tiene matar o dejar morir a un recién nacido? ¿Qué satisfacción puede encontrar en eso un buen falangista? ¿Qué gana con ello el imperio?

En esta cuestión, como en otras, conviene no precipitarse. Hay que dejar que crezca el niño; que tras el dolor del parto, sufra la madre la inquietud, el desvelo, la angustia ante la cuna, ante aquella pizquita de vida misteriosa que puede escapar en un instante, sin saberse cómo, de su tierna envoltura sonrosada. Hay que tener luego a la madre en rezos sin palabras, a la cabecera del niño enfermo, cuando el médico ha mirado grave y enigmático la garganta pueril enrojecida, y ha colocado su mano sobre la frente febril del pequeñuelo. Hay que salvar también al niño en ese trance peligroso, y dejarlo que siga creciendo. Conviene no quitarle a la madre, años después, la dulce satisfacción de vendarle los chichones y de curarle la herida de aquella pedrada que el hijo recibió en la cabeza al salir de la escuela y que la madre ha recibido misteriosamente en el corazón, sin moverse del sitio, cuando le remendaba unos pantalones al diabluelo. Interesa, además, que la madre sufra luego ante el enigma de la adolescencia, cuando el hijo, que va haciéndose hombre, calla sus secretos y ve la madre cómo una mágica fuerza vital lo va separando de su regazo. Y conviene también que la madre llore luego una y mil noches, cuando el niño es ya mozo, ante la vieja estampa familiar, alumbrada débilmente por una lamparilla de aceite: "¡Que no haya guerra, Señor! ¡Que no se me lleven a mi hijo, Dios mío!" No hay que perdonar nada en el sublime calvario de la madre. Así llega el hijo a hombre. "Ya puedo morir tranquila", le dice un día la madre, cuando al besarlo, un rasponazo de la barba viril mal afeitada, deja dolorida la tierna mejilla maternal, que suaviza la ruda caricia con el bálsamo de unas lágrimas, convertidas ya en lágrimas de dicha para la eternidad.

Entonces es cuando el niño, hecho ya plenamente hombre, está maduro para ser fusilado por los moros de Franco, jefe del gobierno del cual es ministro don Blas, o asesinado por los falangistas, de los cuales es insigne correligionario el propio don Blas. A veces, las jerarquías disponen que se espere un poco más, y puede retrasarse entonces el fusilamiento o el asesinato hasta que el hombre a su vez, tenga hijos, que entrarán así más tarde en esa misma y perpetua cadena humana que conduce a morir asesinado por los falangistas, por poco buen español que se sea. Y así, también, podrú seguir repitiendo sus elocuentes discursos inaugurales de Maternidades vizcaínas —enternecido imperialmente ante las cunas prometedoras— ese pequeño miserable de don Blas ministro de Franco e inesperado protector de la infancia y de la maternidad.

EL VALIJERO

EL VERDADERO COHETE FATAL



Lewis en el Milwaukee *Journal*.

RUTAS DE MADRID

FAUNA y PAISAJE

VIII.—CONEJOS DE MONTE BAJO

Desde que el Guadarrama deja de ser una grave cadena de cumbres nevadas, hasta que la provincia de Madrid se transforma en la llanura que hace bandeja con tierras de Toledo, se ciñe a las faldas de la Sierra una banda de monte bajo, con sus cerros y tomillos, sus piedras grandes y sus bruscos arbustos y chaparros graciosos, y sus grupos circulares de roble joven y sus jarales pringosos, entre los que se libra la constante batalla de marqueses y conejos: una guerra civil.

Ciertamente que, por lo general, los marqueses son los virreyes del monte bajo, y los conejos su chusma encanallada.

El señor marqués tiene derecho a perpetrar el crimen nocturno más monstruoso: las orejas graciosas —que con la borlita del rabo convierten al conejo, siempre, en un juguete—; las orejas graciosas, han tomado una actitud dramática; aterrado, el conejo se ha detenido ante los luminosos ojos del dragón —del dragón del último modelo aerodinámico—; y el señor sale rápido del coche, dispara, corre . . . y regresa por frente a los faros con la carcajada en la boca y el muerto levantado por las orejas.

Al día siguiente la perfidia no es por causa de la nocturnidad, sino por la premeditación. A la puerta de la casa de campo se forman los dos grupos sociales, nunca tan claros, tan definidos: el corro de las buenas botas modernas y las sonrisas mundanas, y el corro de las alpargatas rotas y los reojos silenciosos.

Antes de salir, los marqueses se hacen sus preguntas trascendentales:

—¿De qué marca es tu escopeta?

—¿Qué sastre te ha hecho esta cazadora?

Marcas y sastres; son sus temas favoritos; sastres y marcas . . . Eso es todo.

Ahora, a cazar. Entre estos chaparros se coloca el duque; entre estos robles, el marqués; entre estas piedras, el conde . . . Y los palos y las voces de los de alpargata, han de venir espantando a los conejos desde las tapias de La Solana hacia las de la carretera.

Y otra vez observamos que los pares de orejas —que en ocasiones eran el jugueteo natural del monte bajo— ahora se han llenado de horror, de desasosiego, de espanto ; y ese caminar de los conejos, de blandos, de graciosos pares de coces, que es su manera en el reino amplio y generoso de la Naturaleza, es ahora del caminar indeciso, desconcertado, del éxodo angustioso: del éxodo que no les aleja de los fusilamientos, sino que los mete en la boca de los fusiles. ¡Tremenda alevosía!

Pero ahí vá un buen mozo: cogote ancho, pelo fuerte, ojos serenos . . . En el bolsillo de su chaquetón de pana oculta un periódico de su sindicato, de su partido de izquierdas . . .

También el vá pegando palos a los arbustos; es su obligación . . . Y en esto sale a su ruta un juguete de aquellos . . . que ya casi se le escapa hacia atrás . . . Pero el conejo, lleno de terror, titubea, se aturde . . . y su miedo le lleva hacia adelante otra vez, hacia las escopetas taimadas.

Entonces el mozo avanza rápido, le alcanza al sesgo, y le deja a la espalda de los ojeadores, mientras le dice:

—¡Pero bobo! . . . ¿A "onde" ibas? . . .

A la noche, seis pares de faros van limpiando de negrura la carretera hacia Madrid. En el interior de los coches hablan de sastres y de marcas . . .

Y en el pueblo duerme un mozo, ronca acaso, con la conciencia tranquila . . . y en el momento un conejito —juguete de orejas y borla— arruga el hociquillo frente a la Luna como diciendo:

—Pues, señor . . . yo creo que aquel hombre era bueno . . .

ANTONIORROBLES

VOCES DE AMERICA

"HISPANISMO E HISPANIDAD"

Publicamos a continuación el texto íntegro de la hermosa conferencia que el día 15 de junio leyó en la Casa de España, de Bogotá, don Roberto García Peña, ilustre intelectual y político colombiano, ex-secretario general de Relaciones Exteriores y actualmente director del gran diario "El Tiempo". La voz liberal del Sr. García Peña rinde tributo a la República española, como antes lo hiciera el ex-presidente de la República de Colombia don Eduardo Santos. Son las suyas palabras amigas, pero, sobre todo, justicieras. Todo lo que hay de perdurable en el espíritu de España se vincula al sentimiento republicano que es —en el caso de España— más que una idea política, una postura ética. Don Roberto García Peña nos tiende su mano generosa y cordial. Por él habla también el alma de América.

Quiero demandar su venia, señores de la Casa de España, que generosamente han creído en la posibilidad de mi palabra, para iniciar esta lectura con un recuerdo personal: Me hallaba en Junio de 1938 en la ciudad de Buenos Aires, en un café sobre la Avenida de Mayo, de nombre "El Español", situado precisamente frente a otro de nombre "España", frecuentado el primero por amigos de la República y el segundo por sus adversarios, los falangistas que por desgracia abundaban en tierras de América, principalmente en las del Sur, gobernadas entonces por gentes que los favorecían con su simpatía paternal. Vivía Buenos Aires en aquellos días intensas horas de lucha electoral con motivo de comicios que renovarían parcialmente la composición del Congreso. Yo departía en El Español con un viejo zarzuelero andaluz, cuando paró frente al café un camión que conducía a manifestantes socialistas con carteles alusivos a la guerra española que era, claro está, el tema fundamental de aquellas horas. Cuando los del café España se dieron cuenta de la presencia de los socialistas prorrumpieron en vítores a su Caudillo y estentóreos mueras a la causa de la República, con lo cual se formó una tremolina, pues los del Español no se quedaron tranquilos y contestaron a los del España con otras tantas vociferaciones. Hubo silletazos, trompadas, botellas y una confusión que hacía recordar el gracioso incidente que le ocurrió a Sancho con Maritornes en la venta en que daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta prisa que no se daban punto de reposo. Yo miraba asombrado y curioso el espectáculo hasta que la policía argentina restableció las paces entre los contrincantes. El viejo zarzuelero, que sin ser propiamente un intelectual, sí era hombre sagaz y ladino, me dijo estas palabras cuyo significado no entendí cabalmente sino algún tiempo después: "No se extrañe Ud. de lo que ha ocurrido. Es lo de siempre: España contra lo español", y se engolfó de nuevo en el tema de sus predilecciones.

Era verdad. Aquella contienda callejera constituía casi un símbolo de media historia de España. La pugna de lo español y España misma, el eterno conflicto, no siempre abierto y denunciado entre España y su pueblo. Exactamente lo que a la sazón ocurría, estimulado desde fuera y ayudado desde dentro por armas y voluntades extranjeras.

Por aquel entonces había nacido mi pasión por España. Mi pasión que fué hija de su dolor y de su angustia. Yo la había amado imprecisamente desde los claustros de un colegio de Jesuítas, pero su precoz conocimiento se pegó a mi sensibilidad en la exclusivista forma de la mística y fueron sus santos y sus inquisidores los que abrieron para mi adolescencia el mundo maravilloso y diverso de España, lleno en mi imaginación y mi afecto de aquellas horas de artificiosa religiosidad, con la figura de Loyola que arrebataba mi sensibilidad y mi no realizada vocación monástica. Y así fué el proceso de mi entendimiento de España; primero lo místico, después lo literario, con los maestros del Siglo de Oro, y por último lo político con su grande empresa intelectual de 1931. Naturalmente que dentro de esas tres grandes etapas del conocimiento de España caben matices y desfiguraciones. Los toros y las castañuelas, principalmente. Porque ¿qué muchacho de América, particularmente de la América más directamente influenciada por la enseñanza religiosa, no fué un poco torero, un poco cantaor y un poco monje?

De mí sé decir, y otra vez debo excusarme por el empleo de las reminiscencias personales, que España se me metió en el corazón con las figuras del Santoral jesuítico, con personajes de la picaresca que leía por complaciente bondad de mi maestro de literatura, un padre de Castilla la Vieja, noble y sano como todos los de esa zona de España, inteligente y erudito, que amaba a su lengua más que a sus convicciones, y que tal vez debido a ese amor no pudo progresar en la Compañía que hubo de abandonar algún tiempo después.

Todo esto abonó el terreno espiritual de mi grande amor por España, que llegó a su clímax durante los días trágicos del año 36 al 39 en que fuí, como todos los hombres de América, beligerante en el conflicto español. Beligerante, por liberal y por joven, del lado de quienes defendían con la legitmidad de la República la libertad de España contra la reacción patrocinada por quienes más tarde habían de desencadenar sobre Europa la tragedia de sus ambiciones desbordadas. Amargo sino el del pueblo español, que así se han olvidado de que fué en suelo de España y contra España en donde y como se inició la guerra, cuyos últimos actos, quiéralo Dios, están cumpliéndose vertiginosamente en estas horas. Amargo sino, pero no ilógico ni extraño, porque no es absurdo que quienes le volvieron la espalda al problema español parapetados en la tesis de la no intervención, resuelvan a las diez de última y por oportunismo circunstancial, extender al cabecilla de la revuelta, sumiso servidor entonces y después de los líderes totalitarios, un extravagante certificado de buena conducta que no por la autoridad de quien lo expide podrá perdonar los pecados que contra la democracia ha cometido el beneficiado.

HISPANISMO E HISPANIDAD

El tema de esta lectura es, sin embargo, más concreto y menos difuso. Pero tal vez no resulte inútil lo que antes se ha escrito y dicho, para llegar a desentrañar el sentido de lo que ha sido, es y deberá ser la política de España en relación con América, cifrada hasta hoy en dos términos: hispanismo e hispanidad, que conviene analizar, así sea fatigante el intentarlo.

El Pan-hispanismo, ó simplemente hispanismo, como dicen los españoles, tiene una larga existencia. Sus objetivos originales fueron los de crear cierto grado de unidad perdida cuando las naciones Hispano-americanas lograron su libertad. Hispanidad es un término popularizado después de 1931 como la forma de hispanismo que propugna la Falange Española. La ideología de la Hispanidad difiere radicalmente de la de Hispanismo, que fué evidentemente un movimiento liberal que lo mismo velaba por el cultivo interno de la tradición democrática de España que por el mantenimiento de los valores espirituales de su cultura. Sin abominar de la religión, sus propulsores patrocinaban una especie de catolicismo liberal y condenaban la inquisición y la intolerancia como símbolo de una vergonzosa herencia. Los más destacados exégetas del hispanismo exaltaban la democracia, denunciaban el colonialismo, combatían el anti-semitismo y propugnaban una difusión cultural de España a través de la educación en los países de América. Puede citarse el nombre de Rafael Altamira como característico de esta tendencia. El emimente historiador y jurista español escribía en 1917: "España es católica, pero a pesar del pequeño grupo de fanáticos que existe aquí, como en cualquier otra parte, es y debe ser tolerante y también liberal, profundamente liberal".

El Hispanismo, no obstante sus generosas intenciones, la limpieza de sus propósitos, la honestidad de su conducta, logró muy poco en el camino del acercamiento Hispano-americano. Como suele ocurrir en esta clase de empresas internacionales, sus dirigentes inteletuales se detuvieron en las palabras y lo que pudo ser un movimiento vital, de grande alcance en el orden de la cultura y aun de la economía y de la política, se convirtió en simple expresión protocolaria, en palabra de cancillería, en estéril fraseología de discursos académicos.

Cuando vino la República en 1931, trajo consigo un nuevo entendimiento, más realista y más humano de lo que deberían ser las relaciones entre España y América. Los constituyentes de aquel año consagraron ese propósito y esa voluntad en una fórmula del nuevo estatuto al establecer la doble ciudadanía para los naturales latino-americanos. Esa política sensata y clara se creó como reacción contra los vicios que desvirtuaron y deformaron el Hispano-americanismo. Don Manuel Azaña, ante cuya memoria me inclino con devoción y cuyo espíritu y cuya obra han ejercido en mí poderosa influencia intelectual, deuda que algún día habré de pagarle en modesto homenaje, declaraba ante la Asamblea nacional de Acción Republicana, el 14 de septiembre de 1931, al explicar la que él consideraba debía ser la política exterior de la República:

"¿Cuál puede ser entonces nuestra posición? Valorar a España en el mundo. Valorarla por nuestro esfuerzo, valorarla por la coperación. ¿Es que vamos nosotros ahora, en plena República, a resucitar los viejos tópicos del hispanoamericanismo, donde han brujuleado figuras borrosas, que se han adornado con los nombres de la historia española, como si fuesen cosa propia, y han ido una y otra vez a las playas americanas, confundiendo a los habitantes de la América moderna con los antiguos indios y llevándoles algunas brujerías, a cambio de aplausos o de notoriedad? No. Es hora de abandonar el tópico de la madre patria y de las hijas amantes de la madre patria. Nosotros, en América, no somos ya la madre patria. A mí me parece que a los pueblos americanos no les concedemos el aprecio y la estimación que merecen cuando tenemos la pretensión de llevar a América esta especie de jerarquía superior sobre aquellas Repúblicas, presentándonos todavía en un plano más elevado que el de los pueblos americanos. A mí esto me parece un error, una falta de psicología, una falta de observación.

"Lo que hay que establecer con las Repúblicas americanas es la colaboración en principio de igualdad, en defensa de los intereses superiores de la cultura española y americana. Y con esta fraternidad verdadadera, que no sea tópico de discurso de final de banquete, y con esta llaneza, que no sea la arrogancia del conquistador antiguo, que recorre los dominios de sus abuelos, sino de un ciudadano igual a otro, con esto podemos nosotros hacer en el mundo un peso sin par, no por ninguna circunstancia privilegiada ni por ningún don del cielo, sino por aquellos lazos que establecen los idiomas, la comunidad de raza y una comunidad de historia que ha sido igual durante unos cuantos siglos".

Palabras plenas, como todas las suyas, de sensatez; inteligentes y sinceras, que apenas comenzaban a realizarse cuando en 1936 la rebelión nazi-fascista les puso dramático término. Yo quiero fijar muy claramente mi pensamiento porque tengo la inmodestia de considerar que con el mío coincide el de muchos hombres de América. Las relaciones entre España y estas Repúblicas del hemisferio occidental nacidas de su raza, alimentadas de su cultura, hermanadas por la sangre y el espíritu, no pueden ser otras que las que el Sr. Azaña señalaba con tan justa certeza en el discurso que me he permitido citar: Colaboración en principio de igualdad, en defensa de los intereses superiores de la cultura de España y de América; entendimiento de lo que somos, estimación de lo que valemos y como consecuencia de esto, cooperación en lo económico y en lo político.

Claro está que esta política así enunciada, no será posible mientras subsistan las actuales condiciones del régimen que gobierna a España. No puede haber cooperación con Franco, ni con ningún gobierno de su tipo, porque sería grave afrenta para nuestra tradición democrática andar en componendas con quienes traicionan la voluntad de su pueblo, después de haberlo herido, escarnecido, aniquilado, para saciar ambiciones extrañas al interés español. Mucho menos podría realizarse esa política que preconizaba Azaña sobre las bases, contrarias al espíritu por él enunciado, que informan la tesis de la Hispanidad, porque vamos a ver qué es la Hispanidad, cuáles su ideología y su alcance, para saber si con fundamento en ella podría llegarse a un entendimiento americano-español.

FILOSOFIA FALANGISTA

El 12 de noviembre de 1940 el generalísimo Franco establecía el Consejo de la Hispanidad. Quienes lo fundaron creían asentar con él una nueva piedra milenaria en la historia de España. La trascendencia del acto contaba con raíces en el pasado y miraba hacia lo porvenir: España, con la Falange en su gobierno, volvía los ojos a su propia remota Edad Media y su régimen buscaba restablecer el Estado semi-teocrático que llegó a su cenit bajo Carlos V y Felipe II, modernizándolo con la técnica del fascismo, padre putativo de la nueva empresa imperial. Los vencedores de la rebelión contra la República Española traían en sus alforjas de sediciosos triunfantes, como un regalo para América, este extravagante producto de su ingenio. la Hispanidad, que los filósofos oficiales de la Falange se encargaron de explicar al mundo simultáneamente con los fundamento ideológicos del nuevo Estado. Amigos de un fascismo español de características propias, los exégetas del "glorioso movimiento" presentaron a la Falange como instrumento de acción y a la Hispanidad como su principal producto de exportación.

La filosofía de la Falange es la clave de la Hispanidad. Comprende, como lo advierte Bailey W. Diffie, escritor norteamericano que de ella se ha ocupado, un concepto de la vida totalmente contrario al que propugnan los pueblos democráticos del mundo. Aun cuando se pretende que esa filosofía tiene sus raíces en la tradición española, lo cierto es que sus fórmulas de expresión humana han sido tomadas del totalitarismo alemán e italiano, al amparo de cuyas armas lograron imponerla después de que los capitanes rebeldes desangraron la patria haciendo real aquella tremenda frase de Ganivet que el general Franco y sus secuaces se han empeñado en confirmar trágicamente: "España sólo sobrepuja a todas las demás naciones juntas, por el número y excelencia de sus sangradores", decía el ilustre autor del "Idearium Español".

Pero aun cuando sea suficiente para demostrar el íntimo parentesco entre la Falange y el nazi-fascismo, la existencia de la guerra española, no será inútil decir que los principales directores espirituales de Falange han sido admiradores apasionados de Hitler y Mussolini. Onésimo Redondo y José Antonio Primo de Rivera, Serrano Suñer, Ramiro y María de Maeztu, Sáinz Rodríguez, Ernesto Giménez Caballero, José María Péman y José Pemartín, cuya ambición no disimulada fué la de dominar el mundo con las armas y con la inteligencia, mediante una especie de reinterpretación de la historia. Su tesis esencial se basaba en la creencia de que la Edad Media constituyó la más grande época del desarrollo espiritual e intelectual del hombre porque la cristianidad estaba unida. España, según ellos, representó más exactamente esta era de gloria bajo Carlos V, que unió la fuerza física de Alemania a la fuerza espiritual española en el Sagrado Im-

perio Romano. Esa unidad tan alabada por los Falangistas se rompió, también de acuerdo con sus ideas, al advenimiento de la influencia pagana que trajeron consigo el Renacimiento y la Reforma protestante.

José Pemartín, miembro activo de la acción católica, cuya posición de Jefe de la universidad y de la educación secundaria bajo el régimen de Franco le ha dado el prestigio de ser uno de los mentores intelectuales del Nuevo Estado, declara en su libro "Qué es lo Nuevo", que desde la época del Renacimiento y de la Reforma la mayor parte de Europa, cualitativa y extensivamente considerada, renegó y abandonó el catolicismo de cuyas fatales consecuencias no pudo librarse España, según lo anota también un mexicano, Alfonso Junco, quien considera que no obstante no haber podido España librarse totalmente de los graves males del Renacimiento, permaneció, sin embargo, fiel a las verdades fundamentales, más que ninguna otra nación. Sobre esta base los líderes intelectuales de la Falange iniciaron una batalla contra lo moderno de la que fueron factores principales Ernesto Giménez Caballero, con su "Genio de España", y María de Maeztu, con su "Historia de la Cultura Europea". Para la Maeztu vivimos en un mundo loco, a cuya locura ha contribuído en gran parte el hecho de que desde el Renacimiento, y aun más, desde la filosofía Cartesiana del siglo diecisiete, el triunfo del relativismo fue lentamente minando los fundamentos de la Verdad. "La Verdad relativa" —decía ella— "la duda metódica y el escepticismo filosófico han progresado. La interpretación materialista de la historia ha ganado, y los valores económicos han sido elevados por encima de los valores espirituales". Y luego la diatriba antidemocrática. "No —exclama— el hombre no es la medida de todas las cosas porque no es más que una cosa entre muchas.... Esta guerra no es como todas las guerras. No se lucha por límites territoriales o independencia nacional. La lucha de hoy es para imponer una u otra ideología. Son guerras civiles, revoluciones sociales las que estamos peleando". Y esto es verdad Sólo que en esta gran batalla entre la democracia y el nazi-fascismo, los filósofos de la Falange no vacilaron en escoger su territorio. Un territorio que ahora comienza a obscurecérseles con la derrota. "¡Oh! Alemania —exclamaba "El Correo Español" en octubre de 1938— ¡Oh! Alemania, nuestra hermana en el mayor de los destinos españoles: el destino Imperial!" "Tradicionalista y católica España —gritaba Giménez Caballero— instintivamente favoreces al Germanismo". Y cumplimentando a Alemania, otro periódico, por aquellos días augurales del nazi-fascismo, escribía: "En la hora de su triunfo ante la faz de todas las sociedades secretas, nosotros os aplaudimos y no con los puños cerrados como los masones, sino con nuestras manos abiertas y nuestros brazos levantados gritamos en estentóreos tonos de hermanos: ¡Heil Hitler!" ¡Qué pocos deseos tendrán de decir lo mismo, en estas horas de angustia para los traidores de sus pueblos, estos apresurados cantores épicos de la victoria hitleriana sobre el mundo!

CONTRA LA DEMOCRACIA

La democracia, naturalmente, fué el objetivo primordial de los filósofos de la Hispanidad. Condenándola por garantizar los derechos del hombre y el derecho de propiedad. Eduardo Aunós Pérez, miembro del Consejo de la Hispanidad, afirmaba que la anarquía es la consecuencia lógica del sistema democrático, por cuanto el Estado liberal, por la restricción que le impone su doctrina política, resulta impotente para asegurar el derecho de los débiles contra el abuso de los fuertes. "De fracaso en fracaso, de impotencia en impotencia, el Estado liberal llega a su crisis suprema, la crisis de la autoridad y de allí al ilimitado triunfo de los instintos libres", escribía el vocero hispanista.

Perdónenme ustedes si insisto en este florilegio anti-democrático pero me parece conveniente registrarlo para concluir en la tesis con que adelante he de cerrar esta desmañada lectura.

Alfonso Junco, a quien atrás citamos, en su "Sangre de Hispania" escribe: "La democracia es una palabra vana. Yo soy demócrata, pero no creo en la democracia. Mi democracia es de otro tipo. Mi democracia tiene un carácter individual y social. Consiste no en la igualdad, sino en la desigualdad". Y Concha Espina, la novelista, identificaba la esclavitud con la República Española y la libertad con la Falange, cuando al referirse a los republicanos los señalaba como "pobres ignorantes envenenados por la absurda doctrina de la igualdad"; y Ramiro de Maeztu, desaparecido al comenzar la guerra, mas reconocido como uno de los exponentes principales de la Hispanidad, dedicó gran parte de su obra a tratar de demostrar que los hombres son de naturaleza desigual e incompetentes para su propio gobierno. Esta tesis condujo a los filósofos de la Falange a combatir la educación popular como un peligro de la Edad Moderna porque, en el fondo, para tales filósofos la humanidad es en su inmensa mayoría un conglomerado despreciable. El aforismo de Hobbes, según el cual la vida del hombre es "solitaria, pobre, detestable, brutal y corta", resulta suave y discreto después de pasar unas cuantas horas con las obras de Giménez Caballero Ramiro de Maeztu y otros falangistas.

Siguiendo esta línea desconcertante no nos asombramos ante otra tesis, expresada con énfasis por la autora de la "Historia de la Cultura Europea": "Una cultura enciclopédica —decía ella— ha producido una ignorancia enciclopédica. Cuanto más lee la gente, menos sabe. Aprenden más ciencia y tienen menos sabiduría. La época moderna ha tratado de popularizar la cultura extendiéndola, con el fin de ponerla al alcance de la gente. Esto es imposible. La cultura no puede ser popular. La cultura pierde su valor esencial cuando está al alcance de los débiles". Y como remate, síntesis y expresión pura de toda esta filosofía reaccionaria que se nos quería injertar a través de la hispanidad, permitidme citar esta última frase de la Maeztu: "Dios creó el pueblo para trabajar, el clero para el ministerio de la fe y a la nobleza para asegurar la virtud y administrar la justicia".

No sé si a Uds. les ocurra lo que a mí, que como eco de estas palabras me parece oír aquellas otras que en su época asombraron al mundo: "Vivan las cadenas, abajo la libertad!" En verdad, de reacción a reacción; de caverna a caverna, no hay un largo trecho espiritual, aun cuando sea extenso el período de siglos.

ESPAÑA, PUEBLO MARTIR...

Se me dirá que es anacrónico hablar de la Hispanidad y de sus peligros en el propio instante en que las fuerzas de la libertad inician en Europa el barrido, para usar un término castizo, del hitlerismo y sus diversas manifestaciones. Pero no es totalmente anacrónico, ni siquiera inoportuno, porque desgraciadamente está prosperando la extravagante tesis de que las democracias pueden triunfar sobre Hitler y simultáneamente dar su amistad y su benévolo apoyo a Franco. Y prosperará esta tesis, nacida de circunstancias especiales y justificada por excusable oportunismo, tal vez porque se olvida el hecho tremendo de que este drama, que apenas inicia el desarrollo de sus actos finales, nació en España y en su suelo dió sus primeros frutos de muerte, y que fué en cielos de España, ante la mirada cobardona de los no intervencionistas, desde se entrenaron los héroes de la destrucción que habían de arrasar más tarde a Amsterdam y Varsovia, aniquilar a Londres, destruir a Coventry, asesinar a las indefensas muchedumbres, que abandonaban en desesperada fuga los pueblos del norte de Francia. ¡O es que se han olvidado el sacrificio de Guernica, la tragedia de Almería, los bombardeos de Barcelona?

En realidad resulta difícil pensar cómo podrían sentarse en la mesa de la paz, victoriosas ya las democracias, los líderes de esta grande hazaña por la restauración de la libertad y los siervos de Hitler, que soñaron en restaurar para España la época de Carlos V y restablecer a través de la añagaza de la Hispanidad el Imperio perdido; los que exclamaban: "España fué el instrumento nacional de un ideal universal representado en lo temporal por un César y en lo espiritual por un Dios"; los que pedían el retorno de ese César-Dios que restaurara para España su viejo status Imperial; los que proclamaban, con Giménez Caballero, "En Carlos V vemos nuestro Hitler, nuestra aproximación al racismo alemán"; los que con Pemartín abogaban por la restauración de un imperio Alemán-Español y no vacilaban en decir cosas como estas: "Una nueva Edad Media va a comenzar otra vez. Alemania adquirirá un nuevo ímpetu de formidable expansión. Primero lanzará las hordas moscovitas mongolianas hasta los límites del Asia; después conquistará a Europa otra vez para reconstruir un Nuevo Imperio Romano y sobre las ruinas de la Europa apóstata levantar una poderosa latinidad". Naturalmente a España le estaba asignada por estos visionarios imperialistas una misión especial: "Seremos —escribía el mismo Pemartín— "el más fuerte y el principal pilar de la latinidad cristiana y Mediterránea, vencedores de la revolución satánica y del bolchevismo y la Cabeza Imperial de la anfictionia de los Estados Hispánicos del Atlántico."

Con todos estos antecedentes, sabiendo lo que pensaban y lo que buscaban los cabecillas de la Hispanidad ¿podrá América, me pregunto, asistir complacida y mirar indiferente la prolongación en el tiempo de un régimen que así, por lo menos en el pensamiento, quiso atentar contra su soberanía?

Conociendo y sabiendo todos estos propósitos e intenciones ¿podremos los americanos ver con ojos de benevolencia que a la hora de la derrota hitleriana se le tiendan las manos vencedoras al señor Franco y se cruce sobre su cabeza un piadoso "ego te absolvo"? No. No podríamos hacerlo sin traicionarnos a nosotros mismos, en nuestra conciencia y en nuestros propios intereses vitales.

EL DESTINO DE ESPAÑA

Por ello yo creo que una de las misiones que América debe cumplir en el momento de la paz, cuando sus gobiernos sean convocados, porque quiero pensar que lo serán, para las deliberaciones que han de establecer el estatuto jurídico internacional de la paz, cuando llegue la hora de la justicia y del reajuste de cuentas, será la de exigir que a España se le faciliten los medios de expresar su voluntad, se le den garantías para que en plebiscito amplio y honesto, restablecida la libertad en su interior, puedan decir sus hombres qué clase de gobierno desean y a quiénes quieren en su gobierno.

Esto no es una insinuación impertinente, ni siquiera extraña al deseo de los españoles. Hace apenas tres meses en el Manhattan Center de Nueva York tuve oportunidad de oír durante un acto público de gran solemnidad a Indalecio Prieto, cuya autoridad y cuya popularidad como lider republicano no puede ser discutida ni dentro ni fuera de España. En aquella ocasión el Sr. Prieto, recordando viejas palabras suyas, volvía a demandar la cooperación de América para salvar a España. "Es que yo veo en América nuestra esperanza", decía Prieto, y luego recordaba otro discurso pronunciado por él en la Habana, en el cual lanzó la idea de que el problema español podía resolverse mediante un plebiscito que presidieran o dirigieran las naciones Hispano-americanas. "Nadie en España consideraría esto como una intromisión inadmisible —agregaba Prieto—. "No serían gentes extrañas, sino hermanos nuestros quienes, de ese modo, intervinieran en nuestra lucha, garantizando plenamente la imparcialidad".

Y tenía razón el ex Ministro Socialista. Las Repúblicas Hispano-Americanas pueden y deben cumplir esa misión porque para ellas el problema español el drama español, el destino español, no han sido, no son y no serán nunca indiferentes. Muy dentro del corazón y del espíritu, nutrida de sus vicios y de sus virtudes, llevamos a España. "Lo único que no podemos perdonar a España" —escribió alguna vez el argentino Sarmiento— "es el habernos hecho tan iguales a ella misma".

A nosotros también, ahora y antes, como a ese vasco ilustre, que así gritaba desde el exilio, nos duele España. Pero nuestro dolor de americanos no debe ser dolor estéril e inútil, sino poderoso estímulo para acudir en auxilio de la patria que nos dió con su cultura y con su heroísmo, con sus crueldades, si lo queréis, pero con su grandeza, la vida y, en cierto modo, aun cuando parezca paradógico afirmarlo, la libertad. La libertad, sí, porque siendo ésta atributo del espíritu y viniéndonos el espíritu de España, de ella había de venirnos también aquel don supremo. Sin las fuertes condiciones de su raza nuestros héroes, que fueron prolongación humana de su savia fecunda, no hubieran tenido capacidad, ni voluntad, ni coraje para la gran empresa que nos hizo libres.

Estoy seguro de que América asistiría a España con fervor y afecto en la tarea de restaurar su vida republicana. Y la asistiría no sólo por las obligaciones históricas y espirituales que justificarían tal conducta, sino porque en todos los americanos, naturalmente con reaccionarias y extrañas excepciones, existe el convencimiento profundo de que no será posible entendernos con España, entrañada y cordialmente, mientras la gobiernen quienes la gobiernan. Porque nos anima el convencimiento de que prolongar la presente situación española en un mundo de paz edificado sobre la democracia y la justicia, sería no sólo extravagante, sino torpe, porque de allí podría venir de nuevo la simiente de violencia que envenenó de locura al mundo. Porque contribuir a mantener el estado actual de cosas en España sería tanto como colaborar a que los principios fundamentales por los que se está luchando en esta guerra y que fueron consagrados en la llamada Carta del Atlántico, quedaran escarnecidos y violados. Aquella Carta, como lo recordaba Prieto en el discurso que antes he citado, consagra la libertad de los pueblos a determinar por sí mismos su régimen de gobierno y a elegir sus gobernantes; esa misma Carta preconiza la total destrucción de la tiranía nazi. Y nadie habrá que afirme que el gobierno de España nació de la voluntad del pueblo español, ni quien niegue el origen ni la tendencia nazi-fascista del régimen de Franco.

HERMANDAD DE AMERICA Y ESPAÑA

Desde luego esta empresa de restauración española no puede ser cumplida por América sola. América podrá asistirla, estimularla, patrocinarla. Pero la tarea primordial corresponderá a los propios españoles. Y para cumplirla no veo otro camino más fácil ni más propicio que el de la unidad de acción. Yo sé que ésta será tarea difícil por la propia razón del individualismo español; yo sé que habrá dificultad en acordar las voluntades, porque no ignoro lo que Ortega y Gasset decía, que no hay peor enemigo del español que el español mismo; no olvido que por causa de su diverso origen étnico, océano de sangres distintas, que lo mismo le da un día a Roma la gloria de los Sénecas y de los emperadores antoninos que al mundo el genio de Cervantes o la desconcertante maravilla del Greco, el español no podrá ser nunca disciplinado. Pero a sabiendas de todo esto creo que si los republicanos no logran ponerse de acuerdo y haciendo sacrificios de sentimientos y aun de convicciones, no se avienen a presentar un frente unido, nosotros nada podremos hacer. Ya por fortuna hay indicios de que algo comienza a realizarse en este sentido y la Junta Española de Liberación constituída en México es un buen índice de ese nuevo clima espiritual. ¡Ojalá que todos los españoles amigos de la libertad que andan regados por el mundo en peregrinaje de dolor y de esperanza vuelvan los ojos a la Junta de México y proclamen, con su voluntad de acatarla, la voluntad de luchar unidos para que en España vuelvan a reinar la libertad y la justicia! A luchar he dicho, porque yo también creo, como lo creía otro mártir de la libertad, espíritu de selección, inteligencia esclarecida, corazón de rara nobleza, cuyo recuerdo evoco con ferviente emoción, Julián Zugazagoitia, que la guerra de España no ha terminado. Y no ha terminado, no sólo porque ésta que azota todavía al mundo sea prolongación de aquélla, sino porque mientras no se restauren las fórmulas democráticas y liberalas en España, no podrá haber tregua para sus hombres, ni paz para los espíritus a ella vinculados.

Cuando aquellas fórmulas se restablezcan y cuando la democracia, por libre expresión del pueblo que la determina, regrese a España, podremos los hispanoamericanos pensar en una alianza con la gran generadora de nuestra raza. Una alianza que, naturalmente, no podrá realizarse sino sobre las bases que propugnaba Azaña y que cité al comienzo de esta lectura, o sobre las bases de un Hispanismo liberal como el que enunciaba Altamira y que yo definiría como el común empeño de mantener inmutables los valores de la cultura hispánica, como un camino el más seguro para una cooperación de tipo económico-político. Pero nunca, ni ahora ni después, sobre las ambiciosas bases de la Hispanidad, porque ello equivaldría a un retroceso en el tiempo que la América no podría permitir, ni el mundo contemplar sin cólera o asombro.

GESTA DE GUERRA

LA CAIDA DE CHERBURGO

Desde que se inició, hace veinte días, la invasión de Europa, hemos estado hondamente preocupados con tres omisiones que observamos en las dos primeras semanas y que, a nuestro juicio, hubiesen podido hacer fracasar la operación de haber continuado la falta. Son estas, por su orden de preferencia, el establecimiento de otras cabezas de playa en distintas localidades, la iniciación de otra ofensiva a fondo en el frente ruso, y la conquista de un buen puerto. Las dos primeras operaciones tienden a llamar la atención del mando nazi sobre otros objetivos, impidiéndole acumular sus reservas en las costas de Normandía con evidente aumento de las dificultades encontradas por las tropas que habían desembarcado. La tercera, o sea la captura de un puerto, era esencial para asegurar la llegada de los refuerzos y de los suministros sin los cuales no podrían continuar los avances, y que dependiendo, en la ausencia de muelles e instalaciones portuarias, del estado del tiempo y del mar, dejaba en situación precaria e insegura a las unidades que habían iniciado el desembarco. Era un albur que había que correr durante cierto tiempo, cuya duración ha sido, afortunadamente, mucho menor de la que pudiera haberse esperado, y durante el cual se hacía imprescindible impedir que el enemigo pudiera acumular elementos en la zona de combate que fuesen superiores a los del ejército ocupante de la cabeza de playa. Por eso esperábamos con ansiedad la noticia de nuevos desembarcos por un lado, por el otro la de que el poderoso ejército ruso se había puesto nuevamente en marcha, amenazando á Germania por su frontera del este. No ha habido, a la hora en que se escriben estas líneas, noticias de que las fuerzas anfibias aliadas se hayan acercado a otros litorales marítimos de la fortaleza hitleriana, pero en cambio el ejército soviético, después de la ofensiva finlandesa, ha desencadenado otra que por su extensión, cuantía y dirección, llena perfectamente las condiciones requeridas y contribuirá en alto grado al éxito de la invasión de Europa. Otro día trataremos de ella con la extensión que se merece.

Respecto a la conquista del puerto, creíamos que sería más lenta y difícil. Muchos comentaristas afirman ahora que el plan de la captura de Cherburgo figuraba de antemano entre las directivas que el gran estado mayor aliado había entregado al general Montgomery. Puede ser, y seguramente constituía una posibilidad que había que tener en cuenta, pero no creemos que fuera la única mira que llevaran las tropas de desembarco al pisar tierra francesa. Elegidas las playas comprendidas entre la desembocadura del Sena y la península de Catentin, parecía más fácil apoderarse del puerto del Havre, cuyas instalaciones comerciales son más completas que las que ofrece Cherburgo, mientras que no presenta los obstáculos inherentes a las fortificaciones permanentes que tiene este último en su calidad de base naval de las escuadras de Francia.

En efecto, los primeros empujones de las tropas de desembarco se dirigieron hacia el flanco izquierdo con Caen como objetivo, probablemente como preliminar para atacar el Havre, y solamente después que los soldados ingleses se vieron detenidos ante Caen, las divisiones americanas que manda el general Bradley cerraron sobre Carentan y Valognes en un esfuerzo para cortar la península y dejar aislada por tierra la base naval. Después emprendieron el ataque contra la plaza y seguramente los más sorprendidos del rápido éxito han sido los oficiales del estado mayor aliado, que nunca pudieron esperar, después de la experiencia que tienen de la calidad de las tropas alemanas, una rendición tan precipitada. Que una plaza fortificada por mar y por tierra, con todos los recursos que permite la fortificación permanente, se haya entregado en menos de una semana, es verdaderamente inconcebible. Y no se diga que las defensas que tiene la base naval son anticuadas, pues hay que dar como seguro que los alemanes durante los cuatro años que la han ocupado no han dejado de poner al día todas las fortificaciones, tanto del frente de mar como del frente de tierra. Si no lo han hecho, después de haber gastado miles de millones en "la muralla del Atlántico", demuestran una falta de previsión y una incompetencia en sus ingenieros militares muy difícil de imaginar. Lo seguro, comprobado por los pocas informaciones que se han podido recibir hasta la fecha, es que Cherburgo presentaba ante el asalto de los aliados los más formidables obstáculos. Un dato entre otros es que las escuadras aliadas no han bombardeado la plaza hasta un día antes de su ocupación, cuando las baterías de costa no estaban ya en condiciones de responder a los barcos, estando su acción muy disminuida por el efecto de los bombardeos aéreos y la desmoralización de sus sirvientes.

INDICE DE DERROTA. En estas últimas cuatro palabras hemos nombrado la causa de la rápida ocupación de Cherburgo, que a su vez se nos aparece como irrefutable presagio de la inmediata victoria de los aliados. Cherburgo no se ha defendido como era de esperar, dados los medios de defensa acumulados en su recinto, porque la calidad de las tropas que la defendían es muy inferior a la que tenían los soldados alemanes durante todo el curso de la guerra. ¡Compárese la defensa de Cherburgo con la de Cassino! Cuatro meses se sostuvieron en las fortificaciones improvisadas de la villa italiana los paracaidistas del general Heydrich, aguantando los más tremebundos bombardeos y los ataques incesantes de las mejores tropas inglesas, americanas y francesas, no abandonando sus trincheras hasta que casi les cortaron la línea de retirada y deteniendo en su marcha sobre Roma a los ejércitos Quinto y Octavo. Apenas una semana han podido aguantar las desmoralizadas tropas del general von Schlieben, no obstante las tajantes órdenes imponiendo la pena de muerte para cualquier desfallecimiento en la defensa, y las innumerables ventajas que las obras de fortificación de la plaza les ofrecían. En algún diario de la tarde, hemos leído que la causa de la rendición prematura ha sido la falta de municiones. Esto es imposible tratándose de una plaza fuerte donde siempre existen los suficientes módulos para asegurar el funcionamiento de todas las armas durante un largo plazo, nunca inferior a seis meses, y frecentemente superior a un año, y si fuera verdad, demostraría una tal desorganización en los servicios del ejército alemán que nuestras esperanzas de una victoria próxima serían más fundadas que nunca.

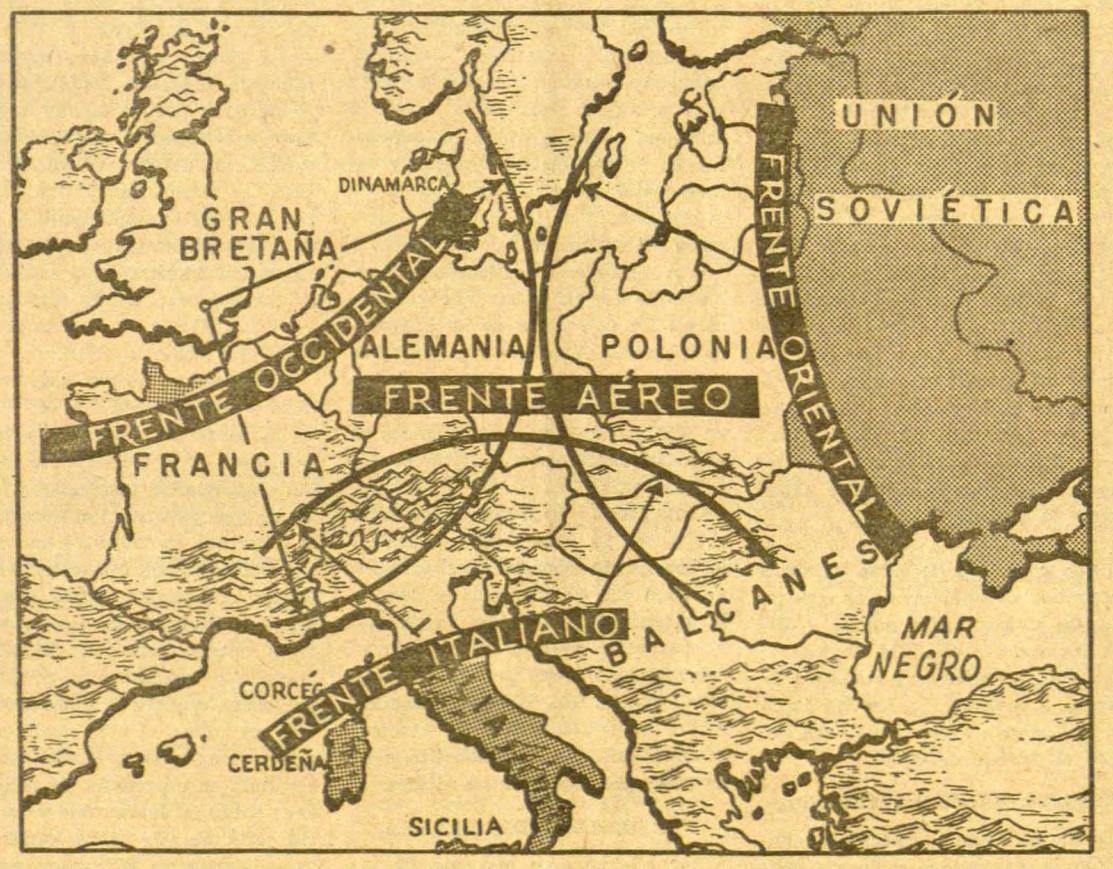
Ya la última parte de la campaña de invierno en Rusia demostró que el ejército alemán no es lo que era. También la campaña de Italia, en su fase actual a partir de las operaciones conducentes a la caída de Roma, demuestra que la calidad del soldado germano dista mucho de la de los defensores de Cassino.

Más recientemente aún noticias que llegan de la actual ofensiva soviética acusan la completa desmoralización de los soldados nazis: débil resistencia a los ataques, falta de coordinación en los esfuerzos, hasta unidades que desertan en masa, lo que ya es el principio del fin. Y aunque haya alguna exageración en este cuadro, hay algunos hechos que son innegables.

En estas condiciones, si las ofensivas combinadas de rusos, ingleses y americanos continúan sin descanso; si a la fortaleza de Hitler se la golpea por oriente, sur y occidente; si la moral de los ejércitos aliados crece con las victorias al compás que decrece la de los nazis, es perfectamente verosímil el cumplimiento de ciertas profecías recientes y que el año 1944 vea el triunfo de las democracias sobre el totalitarismo.

A. F. BOLAÑOS

Las Murallas que Cercan a Alemania



En este mapa aparecen los frentes occidental, oriental e italiano: las tres murallas que encierran a la Alemania nazi. Agréguese a estos tres grandes frentes terrestres que diariamente merman a las reservas nazis, el frente aéreo que cubre hasta el último confín de Alemania donde están localizadas las fábricas de pertrechos. Este mapa de los cuatro frentes de guerra encierra el plan para la destrucción de régimen de tiranía nazi.

NO HAY MAS SOLUCION QUE LA REPUBLICA

Don Niceto Alcalá Zamora, ex presidente de la República española, publicó hace algunos meses, en la revista "¡Aquí está!", de Buenos Aires, varios artículos dedicados a examinar las dos soluciones que para España se proponen. Dejando aparte las quejas que D. Niceto Alcalá Zamora expresa amargamente contra los republicanos de izquierda por el trato injusto que, según él, le dieron, la tesis que sostiene en favor de la República como única solución hacedera, es irreprochable. De los artículos mencionados extraemos los párrafos que siguen.

"Una victoria de las democracias, aunque se inclinase para Europa a preferencias monárquicas, no podría coincidir con el atavismo de la dinastía borbónica, refractaria a la lealtad constitucional, e incorregible en el perjurio."

"No son posibles las segundas restauraciones. En el campo de la Historia sucede algo parecido al de la naturaleza, donde prende fácilmente la pequeña planta, que arrastra y transporta cerca el golpe de la azada o la reja del arado; pero no vuelve a arraigar la encina de majestuosa copa, de tronco secular y de profundas raíces, cuando la tempestad la desgaja, porque sin necesidad de hendirla con furia el rayo, basta que el huracán la derribe, que la riada se lleve la tierra, y que la inclemencia pudra las desgarradas y descubiertas raíces. Pensar en otra restauración borbónica en España sería insensatez, ofuscación de codicias y cegueras de miedo, que oscurecieran el amor a la patria, y hasta el sentimiento de compasión, piedad o lástima hacia la propia dinastía, como tal, no ya decadente, sino agotada."

"La monarquía no puede ser absoluta por desacuerdo con los tiempos y por carencia absoluta, a su vez, de aptitud genial de las dinastías; y por aversión congénita e incorregible de éstos al sistema de la libertad no puede ser tampoco constitucional y parlamentaria. Dictatorial o falangista, sería la agravación, con alardes de perpetuidad irremediable, del sistema actual, combatido y necesitado de cambio."

"En vano intentaría la restauración acogerse a la doctrina y la experiencia, según las cuales conviene, para conseguir la paz política nacional, no haber sido beligerante activo en la guerra civil. En ella quiso ser combatiente con presencia directa, apareciendo en España el actual pretendiente, siendo rechazado por el general Mola, cuya actitud fué reconocimiento inequívoco de la fuerza que a pesar de todo conservaba la República, y medida cabal del sumando negativo que intentaba aportar la dinastía".

"El remedio está en lo más sencillo, que suele ser también lo más difícil o raro en la vida: en escuchar y seguir al sentido común, cuyo dictado coincide con el imperativo del patriotismo, como éste a su vez por esencia con todos los egoísmos agrandados y ennoblecidos. La necesidad de la República no justifica que ni de ésta ni de aquélla abusen los republicanos queriéndola y haciéndola sólo de ellos y para ellos; pero esa necesidad impone a su vez la adhesión republicana de las fuerzas conservadoras, no para sacrificarse salvando a los demás, que ya sería noble, sino para salvarse a sí mismas, que es elemental cordura."